



EL CASTILLO
DE LAS RANAS
JOSTEIN
GAARDER

se

Lectulandia

El joven Kristoffer Poffer y el gnomo Umpin, tras un mágico encuentro una fría noche de invierno en un bosque, se trasladan misteriosamente al verano. Conviene saber que en verano, en las charcas, es posible cazar renacuajos, que después se convertirán en rana, y que muchas de esas ranas son príncipes que han sido encantados. Kristoffer besa a una y resulta ser Carolus Rex, príncipe del castillo de las ranas, que en agradecimiento le invita a visitarlo. Pero allí dentro nada ni nadie es lo que parece ser, lo cual desembocará en tal aventura que, incluso, convendrá de nuevo regresar al invierno Una vez hecho esto, Umpin animará a Kristoffer para que regrese al castillo y acabe resolviendo la aventura inconclusa, no sin antes darle la única forma que existe para enfrentarse y vencer al miedo.

Jostein Gaarder

El castillo de las ranas

ePub r1.0
Titivillus 14.02.2024

Título original: *Frokesslottet*

Jostein Gaarder, 1994

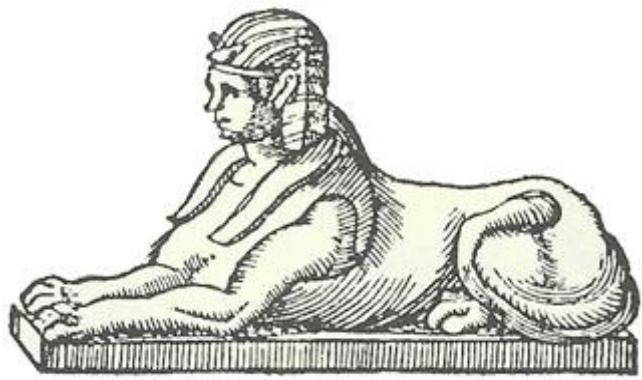
Traducción: Kirsti Baggethun & Asunción Lorenzo

Ilustraciones: Gabriella Giandelli

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Aa



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

EL CASTILLO DE LAS RANAS

JOSTEIN GAARDER

**Traducción de
Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo**

**Ilustraciones de
Gabriella Giandelli**

EL CASTILLO DE LAS RANAS

A Kristoffer.



LA LUZ DE LA LUNA

No recuerdo muy bien cómo empezó todo, pero estoy seguro de que estaba dando un paseo por la nieve helada bajo la luz de la luna. Eso en sí resulta ya bastante raro, porque no es normal que los niños anden solos por el bosque cuando es de noche y la luna cuelga como un enorme globo sobre los abetos. Pero hubo más cosas raras aquella noche.

Al pasar por la gran charca donde papá y yo solíamos tumbarnos boca abajo para cazar renacuajos, descubrí de repente un pequeño gnomo. Eso a lo mejor no habría resultado tan raro si hubiera salido furtivamente de entre los árboles o algo parecido, pero no fue así como llegó.

Yo me había sentado en la nieve a pensar en algo que había olvidado y de repente el gnomo estaba delante de mí. Surgió del aire, como si procediera de algo distinto y entrara en el bosque donde yo estaba. Salvo el gorro rojo que llevan todos los gnomos, iba completamente vestido de verde. Era un poco más bajito que yo aunque adulto, y mucho más que eso.

—Conque sí, ¿eh? —dijo cuando por fin se hizo tan visible como los árboles que nos rodeaban, justo en el instante de sacar un brazo de lo que está al otro lado del aire—. Conque sí, ¿eh? —repitió muy decidido.

A mí me pareció una extraña manera de iniciar una conversación, porque cuando uno no dice nada más que «conque sí» no se tiene mucho más que expresar que el deseo de que conteste el otro.

—¿Conque sí qué? —pregunté con cautela.

Me miró y luego cerró los ojos, apretándolos como si la luz de la luna le molestara.

—Conque de paseo —dijo.

Pero tampoco eso era decir mucho, porque los dos sabíamos que estaba dando un paseo, encontrándonos donde nos encontrábamos, en la nieve, delante de la charca de las salamandras.

Me entraron ganas de decirle que no sólo para engañarle, pero me limité a decir:

—Para eso hacen falta dos.

A mí me pareció una respuesta muy adecuada, pero a él no.

—No hacen falta dos para pasear en pijama a la luz de la luna —dijo.

Miré mi pijama azul claro, con dibujos de coches y motos. No se me había ocurrido pensar que iba en pijama, y al mirarme me entraron ganas de esconderme. Pero no resulta fácil esconderse de un gnomo que acaba de pillarte en flagrante delito.

—Resulta muy cómodo, haga frío o haga calor —dije con voz lo más adulta posible—. Y si a ti te resulta misterioso que yo vaya en pijama, a mí me resulta mucho más misterioso que seas un gnomo.

Al parecer, el gnomo se había propuesto ganar la batalla, porque volvió a señalarme con el dedo y dijo:

—Creo que lo más misterioso de todo es que vayas descalzo por la nieve. Tienes que ser muy pobre para no tener siquiera un par de zapatillas.

Me miré los pies y me dio aún más vergüenza que cuando descubrí lo del pijama. Vi que iba descalzo y noté frío en los dedos de los pies. Pensé que un cálido edredón me habría venido muy bien, pero era una idea tan ridícula que ni me atreví a mencionarla, pues uno no suele pasear por el bosque con un pesado edredón a cuestas, aunque haya nieve helada y luz de luna.

—Mis papás son muy ricos —dije—. Vivimos, por ejemplo, en una gran casa con terraza y tumbonas. Si quisieran podrían comprarme más de mil zapatillas, pero han dicho que es sano andar descalzo, y algunas veces dicen que soy un pequeño príncipe.

Se fijó en la última frase.



—¿Y cómo se llama el príncipe? —preguntó después de hacerme una profunda reverencia.

—Me llamo Kristoffer Poffer —contesté ceremoniosamente. No era del todo verdad, pero no podía decirle que me llamaba algo tan común como Kristoffer Hansen porque, en ese caso, no se habría creído que yo era un auténtico príncipe.

—Muy interesante —comentó—, pues he leído en un viejo libro que a esa clase de príncipes les gustan muchísimo las tortitas con mermelada de fresa y, casualmente, acabo de hacer un montón de tortitas y en el jardín tengo fresas de sobra.

Yo no le creí. Cuando los mayores quieren hacerse los importantes siempre presumen de saber hacer tortitas y cosas así. Miré la nieve y pensé que no estábamos en época de fresas. Pero no me atreví a protestar, porque sabía que los gnomos son mucho más listos que los niños.

Si no hubiera sido por el gorro rojo y todas las arrugas que tenía en la cara, habría pensado que era un niño. Me di cuenta de que estaba un poco triste a pesar de esos ojos tan azules como dos grandes arándanos.

—¿Quieres probar? —preguntó.

—¿Los arándanos? —respondí asustado.

Sacudió la cabeza durante un buen rato antes de contestar:

—Aquí vengo yo, invito a un solitario caminante nocturno a tortitas recién hechas con mermelada de fresa, lo hago a pesar de que va descalzo por la nieve, ¿y qué hace el pequeño príncipe Poffer? Pues le da por pedir arándanos. Precisamente situaciones como ésa han convertido a los gnomos de este bosque en un pueblo muy triste, tú mismo lo has dicho hace un momento: Un poco triste, dijiste.

Tuve que pararme a pensar en si había dicho eso, porque recordaba haberlo pensado nada más, y no es exactamente lo mismo.

—En realidad estamos discutiendo un problema muy sencillo —prosiguió el gnomo—. ¿Quieres comer tortitas con mermelada de fresa de cosecha propia, o prefieres andar en la penumbra? Porque las tortitas con mermelada de fresa están en el menú, ¿sabes?

Hablabía igual que mi padre. Siempre solía preguntar qué había en el menú. Yo siempre había creído que decir menú era lo mismo que decir cocina eléctrica, porque era donde estaba la comida, pero no veía ninguna cocina eléctrica bajo la luz de la luna.

—¡Pero si no tienes cocina! —exclamé.

Se quedó boquiabierto. Luego empezó a rascarse las orejas.

—Tendrás que perdonarme, príncipe Poffer, pero se me ha debido de meter algo en los oídos, porque no oigo lo que dices.

—No tienes cocina eléctrica —repetí.

—No se puede ir cargado con una cocina cada vez que se da una vuelta para ver la luna —explicó.

Entonces me toqué las orejas, pues necesitaba comprobar si seguían en su sitio o se habían caído. Afortunadamente seguían ahí, igual que mi nariz.

Noté que los pies se me estaban quedando cada vez más fríos.

—Desgraciadamente hay algo de corriente aquí —dijo la figura del gorro rojo—. Y en realidad no es de extrañar, porque todo el bosque está abierto de par en par.

Cuando dije «abierto de par en par» me entró enseguida miedo de que apareciera un león o un lobo con la boca abierta. A decir verdad, me entró miedo de lo que podríamos llegar a decir si seguíamos hablando. Por eso dije:

—Acepto con mucho gusto comer tortitas con mermelada de fresa si siguen estando en el menú.

Entonces sonrió ampliamente y se relamió dos veces, una hacia cada lado.

—Ha sido una decisión madura —dijo—, y muy oportuna, porque precisamente tengo la casa llena de fresas maduras.

Yo no veía ni casa ni fresas. Lo único que veía era la luz de la luna sobre los árboles y la nieve helada.

—¿Dónde está la casa de las fresas? —pregunté tímidamente.

—Está en medio del verano —contestó—. A la vuelta de la esquina. Pero no se permite ir en pijama.

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando me encontré vestido con otra ropa: unos pantalones de seda verde y una camisa de seda tan roja como las fresas.

Me quedé muy sorprendido, pero hice como si nada.

—Tienes que darme la mano, Kristoffer Poffer —dijo....

Me acordé de que no sabía cómo se llamaba, y mi madre me había dicho que no fuera a casa de desconocidos. Seguro que eso incluía también a los gnomos.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

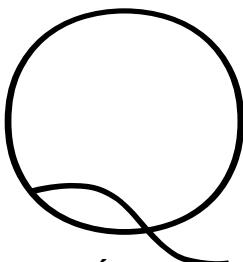
Extendió un brazo e hizo una profunda reverencia.

—Sólo me llamo Umpin.

Me cogió de la mano y nos salimos de la imagen invernal. Al llegar al otro lado, nos encontramos con un cálido día de verano. Estábamos justo en el

mismo sitio, delante de la charca de las salamandras, cogidos de la mano.
Pero ahora brillaba el sol.

TORTITAS



ué quieres que hagamos primero? —preguntó el gnomo Umpin—: ¿cazamos salamandras y luego comemos tortitas con mermelada de fresa, o comemos primero tortitas con mermelada de fresa y luego cazamos renacuajos?

Me pareció que no había mucho donde elegir, porque yo quería comer tortitas primero y luego cazar salamandras.

—Deberíamos comernos esas tortitas antes de que venga alguien y las quite del menú, ¿no? —dijo. Me miró asombrado.

—No quiero que te pongas pesado. Eso es lo único que no toleramos los gnomos. Solemos esforzarnos bastante por auténticos príncipes Poffer, aunque una vez mi bisabuelo se esforzó tanto que reventó por la mitad.

Lo miré fijamente sin pronunciar palabra.

—Ten cuidado —dijo por fin—. Una vez mi bisabuela se asombró tanto al oír unas palabras tan raras que los ojos le salieron rodando y estuvieron rodando y rodando por el bosque durante muchos años. Así nacieron todos estos arándanos. Y por eso los gnomos no comemos tortitas con mermelada de arándanos. Venga, tenemos que ponernos en marcha. Mi casa está muy cerca de aquí.

Nos internamos en el tupido bosque y pronto llegamos al árbol más gordo que he visto en mi vida. Aunque era muy gordo, era mucho más pequeño que todos los árboles de alrededor. Por fin me di cuenta de que no era más que un tronco o una raíz. En torno al tronco gordo crecían muchos millones de fresas silvestres.

Comprendí que ésa era la casa del gnomo Umpin y que todas esas fresas silvestres constituyán el jardín, pero no estuve completamente seguro hasta que Umpin abrió una puerta en el tronco.

—¡Kristoffer Poffer! —dijo Umpin solemnemente—. Si no me equivoco del todo, eres bienvenido a mi casa.

Entramos y vi la casa más pequeña que había visto desde la última vez que estuve en la casa de muñecas de mi prima Camilla, en la provincia de

Telemark. Había tantas cosas parecidas a las de la casa de muñecas que temía que el gnomo hubiera entrado en casa de Camilla por la noche, mientras ella dormía, y le hubiera robado todos los objetos de sus muñecas. Pero Telemark está tan lejos que se tarda muchas horas en llegar en coche; y los gnomos no conducen, pensé. Lo que ocurría era que muchas cosas se parecían.

Me fijé en un gran montón de tortitas apiladas. Pero no estaban en el menú, sino en una mesa minúscula junto a un gran frasco de mermelada.

Nos sentamos cada uno en una silla pintada de verde y nos servimos una tortita cada uno. Me sentí obligado a preguntar a Umpin si había gusanos en la mermelada. No debería haberlo hecho, porque el gnomo volvió a ponerse triste.

—Es que sólo estoy acostumbrado a comer fresón —expliqué—. E incluso en ellos hay gusanos verdes algunas veces...

Umpin negó con la cabeza.

—Kristoffer Poffer —dijo—, he llegado a un acuerdo serio con todos los gusanos del bosque para que se mantengan alejados de mi jardín. A cambio, les he dado permiso para entrar y salir de los oídos y fosas nasales de todos aquellos pequeños príncipes que no quieran comer mi mermelada de fresa.

Me apresuré a echar un montón de mermelada de fresa sobre la tortita, porque me pareció notar que la nariz empezaba a picarme.

—¿Como cuánto te han gustado? —preguntó cuando nos habíamos comido cuatro o cinco tortitas cada uno.

—Muchísimo —contesté.

Pero el gnomo no se quedó satisfecho con mi respuesta.

—Me temo que no has oído bien la pregunta —señaló—. *Como cuánto* de mucho, he preguntado. Si alguien te pregunta por los años que tienes no basta con responder «muchísimos».

Pero yo no sabía decir como cuánto me habían gustado las tortitas.

—Cinco y medio —intenté decir.

Umpin empezó a recoger la mesa.

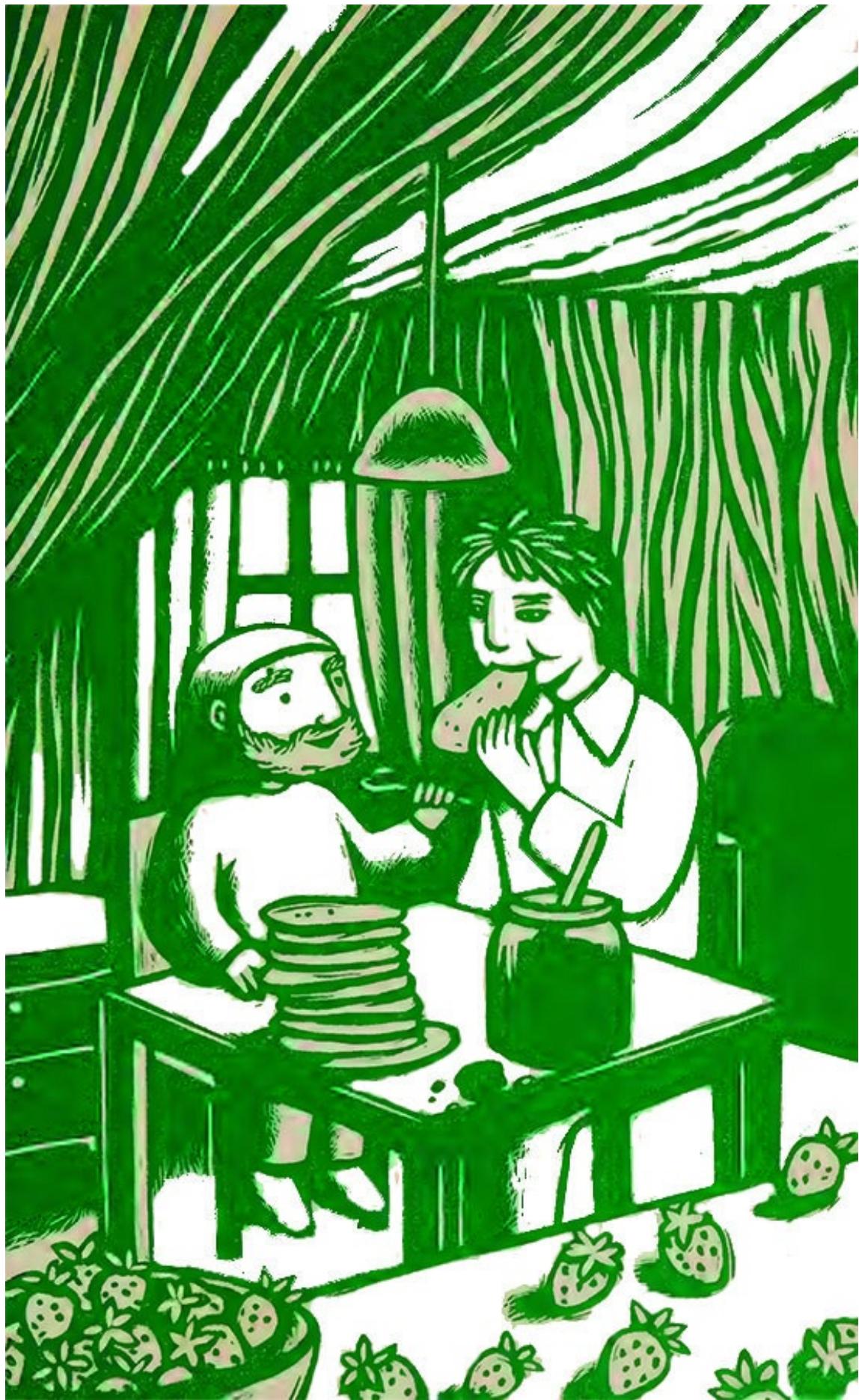
—Entonces será la última vez —dijo malhumorado—. Hace poco recibí la visita de otro príncipe Poffer, y me dijo que yo era un verdadero artista.

Se me ocurrió una idea muy buena.

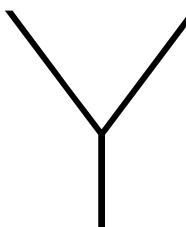
—Quise decir cinco mil y medio.

Umpin se puso a bailar alrededor de la mesa, y al final dio un salto hacia mí y me plantó un beso en la mejilla.

—Ahora podemos meternos en el día de verano y cazar renacuajos —dijo cogiendo un frasco vacío de mermelada que había sobre un banco.



RENACUAJOS



o había estado un montón de veces en el bosque junto a la gran charca de las salamandras, pero ese día todo era diferente. Los árboles eran aún más verdes que de costumbre, y el cielo parecía pintado de azul. Además no me pinchaban las ramitas a pesar de ir descalzo.

El gnomo se tumbó boca abajo en el borde del agua para poder ver los renacuajos.

—¿Sabías que los renacuajos pueden convertirse en ranas? —preguntó con la cabeza casi dentro del agua.

No me molesté en contestar, pues eso es algo que todo el mundo sabe, pero dije:

—Tenemos que cazar muchísimos renacuajos para que haya suficientes y conseguir una rana.

Umpin levantó el frasco para mostrarme que ya había cazado tres.

—¿Acaso no sabías que las ranas se convierten en príncipes cuando se las besa, y que los príncipes poseen grandes castillos donde ocurren cosas emocionantes?

También sabía eso. Mi abuelo me había contado que una rana se convirtió en príncipe sólo porque una niña mimada la besó en medio de la boca. Pero si hubiera dicho que también sabía eso, el gnomo se habría ofendido por no saber más que yo. Y si le hubiera dicho que no lo sabía, me habría dicho que era un ignorante.

Por suerte no tuve que contestar, porque en ese momento Umpin sacó el frasco del agua. Estaba rebosante de renacuajos.

—Tenemos que remover el frasco con un palo mágico —indicó.

Crucé el sendero y encontré un palo adecuado, pero no sabía si era un palo mágico o no, porque eso no se sabe hasta haberlo probado.

Era un palo mágico. Bastó con que Umpin lo metiera dentro del frasco una sola vez para que los pequeños renacuajos se transformaran en una gran rana.

—¡Preciosa! —exclamó agitando el palo mágico en el aire.

A mí las ranas jamás me habían parecido especialmente bonitas, prefería los pequeños renacuajos.

La rana salió del frasco de un salto, se sentó en una piedra y se nos quedó mirando. El corazón le latía con tanta fuerza que la pobre no paraba de moverse hacia arriba y hacia abajo. Al lado estaba el frasco de mermelada lleno sólo de agua; dentro no quedaba ni un solo renacuajo.



—Sólo hemos hecho la mitad del camino —murmuró Umpin.

No entendí muy bien lo que quiso decir con eso.

—¿Quién de nosotros va a besarla? —prosiguió.

—Yo no, de eso puedes estar seguro —me apresuré a contestar, porque no tenía ninguna gana de besar a esa asquerosa rana.

—Tenemos que besarla para que se convierta en un príncipe —insistió Umpin—. Y me extraña que tú no puedas hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté a punto de echarme a llorar.

—Porque tú mismo has sido rana en el pasado —contestó Umpin señalándome con el palo mágico.

Entonces empecé a llorar.

—Yo nunca... he sido... una... rana —logré decir por fin.

En lugar de consolarme, el gnomo se limitó a sacudir la cabeza.

—Kristoffer Poffer —dijo—. ¿No estábamos de acuerdo en que tú eras un auténtico príncipe? ¿O te he permitido comer mis tortitas únicas y

exclusivamente por un malentendido?

Me quedé boquiabierto.

—¿No estábamos también de acuerdo sobre el origen de los príncipes? — prosiguió Umpin impacientándose.

Esa pregunta me alcanzó como un rayo.

—¿Y no estamos, pues, de acuerdo en que tú has sido rana en el pasado?

Me miró con sus ojos de arándano. En ese momento no me habría importado que le hubieran salido rodando.

—Yo he salido de la tripa de mi mamá —contesté—. Y llegué allí porque mi papá la besó, y entonces unos chismes de papá salieron nadando y entraron dentro de la tripa de mamá.

Esa explicación me pareció tan larga y difícil que sonaba como un intento de justificación. Tal vez por eso Umpin se sentó en un tronco y se pasó una mano por la frente, como un hombre cansado. La rana seguía sentada sobre la piedra, hinchándose a soplar.

—Vayamos por partes —dijo el gnomo—. ¿Exactamente qué eran esos chismes que nadaban dentro de la tripa de tu madre? ¿No se trataría de renacuajos? Y la besó, dices. ¿Es eso mucho mejor que besar a una rana? ¿Y a ti tu madre o tu padre jamás te han dicho que eres un niño encantado? ¿Y cómo te las habrías arreglado dentro de la tripa de tu madre si no hubieras sabido nadar como una rana?

No se me ocurrió nada que decir en contra, pero noté que odiaba tanto a la astuta rana como al pesado gnomo.

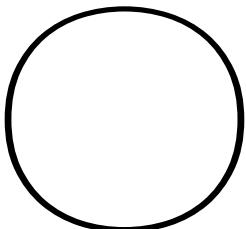
Umpin volvió a apuntarme con el palo mágico.

—Puedes odiar a la rana siquieres —dijo—. Sólo te pido que le des un besito en la boca, porque, si no lo haces, no vamos a llegar al gran castillo del príncipe, y entonces tampoco habrá ningún cuento.

Comprendí que no tenía elección. Si no obedecía, el gnomo me tocaría con el palo mágico y me convertiría en rana. Porque si una rana realmente podía convertirse en príncipe, seguro que también un príncipe podía volver a convertirse en rana.

Me agaché y besé a la asquerosa rana en la boca. Me dejó un montón de saliva de rana en los labios.

CAROLUS



s saludo, caballeros! —dijo el príncipe.

La rana desapareció justo cuando la besé y un auténtico príncipe apareció ante nuestros ojos. Llevaba una larga capa de terciopelo azul, sobre la cabeza lucía una pequeña corona de oro con rubíes, y de un cinturón de plata que le ceñía la cintura colgaba una espada de verdad.

Me sentí algo avergonzado, entre él y Umpin. Yo no era más que un príncipe normal y corriente del bosque, mientras que él era un auténtico príncipe de palacio, de eso me di cuenta inmediatamente.

—¿Y cómo se llama el príncipe? —preguntó Umpin.

—El príncipe se llamaba Carolus Rex —contestó el otro con mucha dignidad—. Pero de eso hace mucho tiempo.

Yo no entendía nada, y Umpin tampoco.

—Hace mucho mucho tiempo, yo era el príncipe heredero de ese gran castillo que se encuentra cerca de aquí —explicó—, pero un día me hechizaron y me convertí en mil renacuajos. Sucedió porque me negué a entregar mi corazón a un gnomo enfadado que vivía en un tronco justo debajo del castillo. Pero ahora me habéis vuelto a componer, y os agradezco las molestias.

Me volví y miré a Umpin. Al parecer ya no estaba totalmente a la altura de las circunstancias. Al menos no lanzó ninguna oferta de tortitas con mermelada de fresa. Sin embargo dijo:

—Muy interesante. Pero es imposible que se trate de un gnomo de mi familia, pues nosotros no estamos tan faltos de corazón.

—¡Tonterías! —contestó el príncipe—. Los gnomos no tienen un corazón palpitante como las ranas o las personas. Por eso sólo pueden vivir en la imaginación de los seres humanos. Pero también por eso están siempre cazando corazones humanos. Y esa caza tiene lugar sobre la nieve helada bajo la luna llena.

—¿Era posible que las tortitas con mermelada de fresa hubieran sido un simple cebo y que Umpin en realidad estuviera intentando robarme el corazón?

—Creo que será mejor que hablemos del castillo —dijo Umpin con decisión—. Porque si eres un auténtico príncipe real, quiere decir que vives en un gran castillo blanco con altas torres y muchos criados.

Carolan Rex asintió con aire altivo, y enseguida descubrimos su castillo en lo alto de una colina detrás de la charca de las salamandras.



—¡Extraño! —exclamó el gnomo rascándose la cabeza con sus dedos gordezuelos—. He vivido junto a esta charca durante más de once años y nunca me había fijado en ese precioso castillo.

Yo también había estado allí muchas veces con mi padre y no vimos nunca ninguna torre.

Ajustándose la corona de rubíes, Carolux Rex dijo:

—Decidme, caballeros, ¿no creerán ustedes que pueden despertar a un príncipe encantado y pensar que todo va a seguir como antes?

Dicho esto, se metió dos dedos en la boca y silbó con tanta fuerza que se oyó en todo el bosque. Al instante, una gran carroza tirada por ocho ranas gigantes salió directamente del tupido bosque y se metió en el sendero.

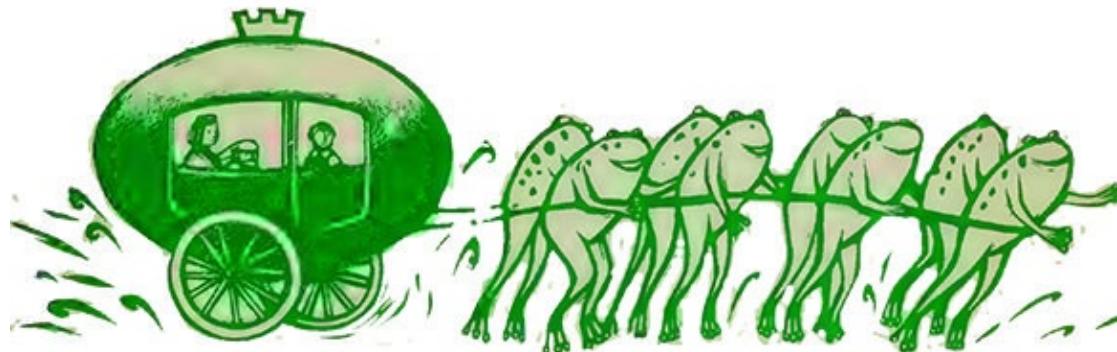
Nunca había visto unas ranas tan grandes, pero sí había oído decir que pasan la mayor parte del año en América del Sur. No eran tan grandes como caballos, pero sí como pastores alemanes.

—Subid, caballeros —dijo Carolus Rex abriendo la puerta del coche—. Creo que son bienvenidos a visitar mi castillo.

Entramos en el extraño coche y las ranas comenzaron a dar saltos por el sendero, tirando de nosotros.

El coche daba tantos tumbos y sacudidas que yo estaba seguro de que el corazón se me había soltado dentro del pecho.

Me acordé del abuelo, que sintió de pronto un dolor en el corazón y se murió. Fue sólo un par de días después de que mi madre se marchara a Francia.



LAS SALAMANDRAS

Tenéis que comportaros bien y cuidaros de las salamandras — dijo Carolus Rex cuando atravesamos dando tumbos la puerta de la muralla del castillo.

—¿Las salamandras? —exclamó Umpin.

—Son los soldados del castillo. Y para ser sincero, nunca han sentido mucha simpatía ni por los gnomos ni por los príncipes Poffer. Pero puede que cambien de opinión al enterarse de que vosotros me habéis recompuesto.

Nos acercamos al castillo y de repente vimos a todos los soldados salamandras delante de la gran entrada. Eran mucho más grandes que las salamandras que habitaban en la charca; eran tan grandes como Carolus, y él era casi un adulto. Y tenían rabo, exactamente igual que las salamandras que de vez en cuando, y con su permiso, subían por el brazo de mi padre. Todas llevaban largas espadas. Como ya tenían piel de salamandra no necesitaban armadura.

Al bajar del coche llegaron cuatro salamandras a dar la bienvenida a Carolus Rex juntando las espadas por encima de la cabeza del príncipe.

—¿Cómo se lo ha pasado Su Alteza en la charca? —preguntó una.

—Muy refrescante —contestó él—. Pero no resulta fácil tener control de uno mismo cuando se es tantos.

Nos señaló solemnemente a Umpin y a mí.

—Estos dos hombres acudieron en mi auxilio cuando se habían servido el menú. Hay que concederles el honor de haberme vuelto a componer, si bien antes habían pensado cazar salamandras.

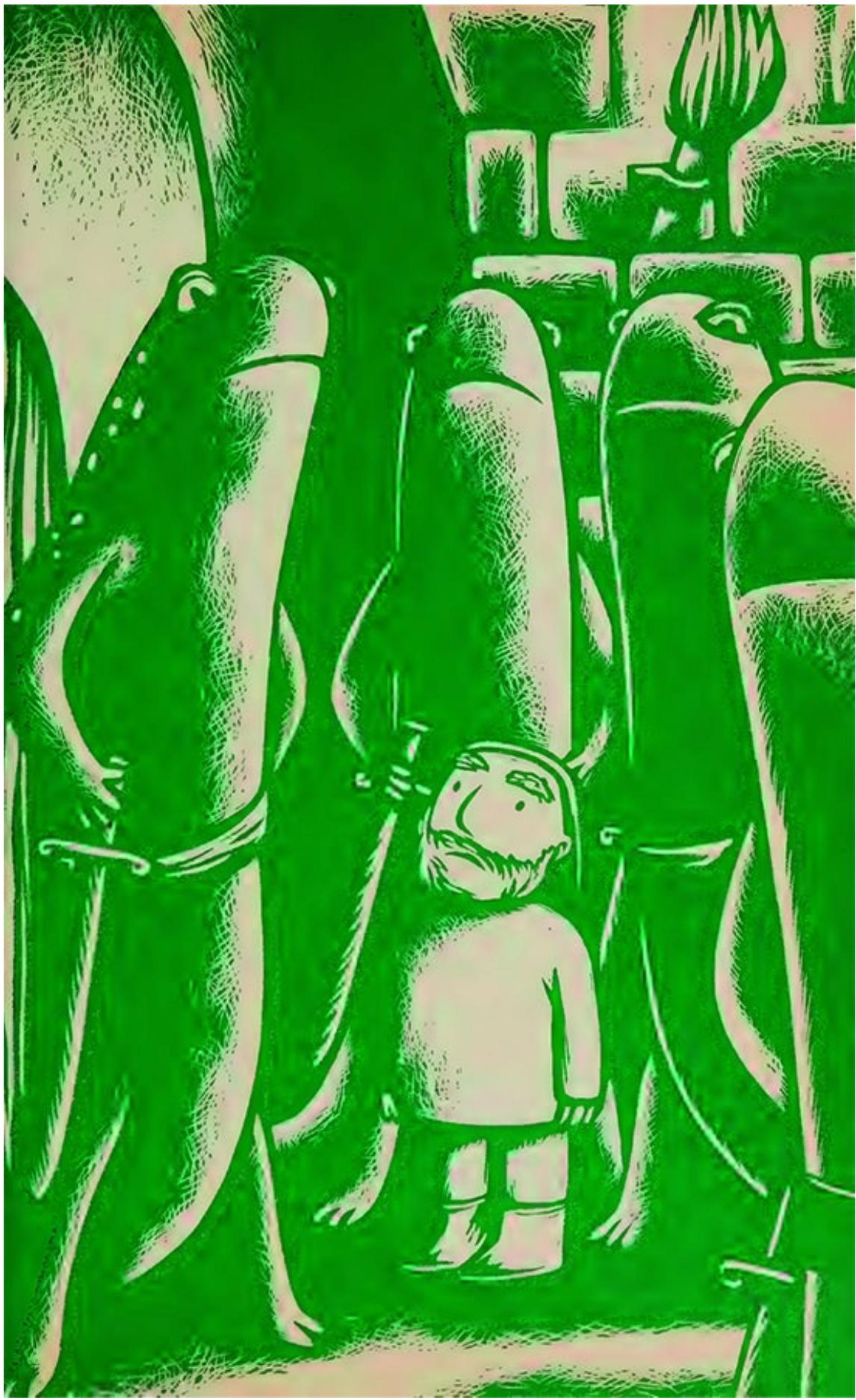
Los soldados se pusieron firmes. Umpin y yo hicimos exactamente lo contrario: intentamos encogernos.

—¡Carolus Rex! —prosiguió la salamandra que llevaba la voz cantante—. ¿No habrás olvidado la severa prohibición de la reina de traer gnomos y príncipes Poffer al castillo?

En ese momento bajaron muchas más salamandras a toda prisa por las escaleras del castillo.

—¡Alguien ha robado el corazón del Rey! —gritaron.

Carolan Rex se lanzó a toda prisa escaleras arriba, y como Umpin y yo no teníamos ninguna gana de quedarnos a solas con todas esas salamandras, fuimos corriendo tras él.



Enseguida llegamos a una habitación grande y azul. El rey estaba acostado en una cama de seda roja. No respiraba ni pestañeaba. Carolus dejó su espada sobre una mesa redonda y abrió los brazos.

—¡Mi querido padre! —gritó llorando—. ¡No puede ser verdad que ya no vivas!

Las salamandras dejaron al príncipe a solas con su dolor. Umpin y yo nos quedamos de pie detrás de él, y también derramamos alguna que otra lágrima.

Al cabo de un rato salió una señora de la habitación contigua. Comprendí inmediatamente que era la reina, porque llevaba los pechos desnudos, como la tía Ingrid, y la llamaban La Reina de Telemark.

Nunca comprendí por qué una se convierte en reina sólo por quitarse toda la ropa en el verano, y me parecía que una señora mayor podía al menos ponerse un jersey cuando recibía visitas.

Aparte de los pechos desnudos, la reina llevaba una larga falda azul.

Carolan Rex se abrazó a su madre.

—¡Madre! —susurró—. ¡Padre ha muerto!

Cuando la reina nos descubrió, los ojos estuvieron a punto de salírsele de las órbitas.

—¡Carolan! —gritó—. ¿No es ése el gnomo que ha robado el corazón del rey?

Pero Carolus no tuvo tiempo de contestar.

—¡SALAMANDRAS! —gritó la reina, tan fuerte que le temblaron las tetas.

Al instante aparecieron en la puerta cuatro gordos soldados salamandra.

La reina señaló a Umpin.

—¿Cómo habéis dejado entrar a un gnomo mientras yo estoy de duelo por la pérdida del corazón de mi querido esposo?

—Perdone usted, honrada reina —contestó uno de ellos—, no fue nuestra intención...

—¡Arrojadle inmediatamente a la mazmorra! —ordenó la reina.

Me asusté y también se asustó Umpin. Yo sabía que las mazmorras de los reyes eran frías, profundas y húmedas. También había oído que en ellas podía haber peligrosos leones.

Las cuatro salamandras apresaron al gnomo Umpin. Él levantó la vista y me miró con sus tristes ojos de arándano:

—Tendrás que intentar salvarme.

Pero yo tenía tanto miedo a la reina desnuda como él. Además, pensé que el príncipe Carolus Rex bien podría decir algo al ver que se llevaban al

gnomo Umpin a la mazmorra. A continuación la reina me señaló a mí.

—¿Y qué es eso? —preguntó con voz severa.

—Es mi buen amigo de los bosques —dijo Carolus—. Se llama príncipe Kristoffer Poffer.

—¿De verdad? —preguntó la reina—. ¿No sabes que te tengo prohibido jugar con príncipes Poffer?

—Pero madre —objetó Carolus Rex—, este príncipe Poffer me salvó la vida mil veces.

La reina madre se quedó mirando fijamente a su hijo. De repente empezó a temblar como si sintiera frío en los hombros. Pensé que a lo mejor era su propia maldad lo que le hacía sentir tanto frío.

—Ay, mi querido hijo —dijo por fin—. No sé lo que me pasa hoy. Pero ahora este príncipe Poffer va a cenar en el castillo.

—Muchas gracias, Alteza —dije antes de que tuviera tiempo de cambiar de idea.

—¡SALAMANDRAS! —gritó la reina.

EL SALÓN DE BAILE

Al instante se abrieron las puertas y entraron de nuevo las cuatro salamandras.

—Llevad inmediatamente a este príncipe Poffer al salón de baile —ordenó la reina madre—. Y que se sirvan tortitas y mermelada en cantidades generosas. Pero, antes de eso, todos tienen que comerse un plato de galletas de letras.

Las salamandras vinieron hacia mí, y por un instante sentí un poco de miedo, aunque ya sabía que no me iban a arrojar a la mazmorra.

Me llevaron hasta una gran habitación, donde ya se estaba poniendo una mesa para cuatro.

Enseguida empezaron a llegar los miembros de la familia real. Primero, la reina en persona atravesó la sala con los pechos desnudos y se sentó al otro lado de la mesa. A continuación llegó Carolus, que se sentó a mi lado. Y por fin entró en la sala con paso ligero una niña, que resultó ser Camilla. Me pareció extraño que hubiera hecho todo ese largo camino desde Telemark.

La reina dio unas palmadas.

—Que todo el mundo se ponga en pie ante la princesa Aurora —dijo.

Nos levantamos todos y Camilla se sentó al lado de la reina.

La princesa estaba descalza, igual que yo. Además, no le había dado tiempo a cambiarse de ropa, porque seguía en camisón. Pero el camisón de Camilla era tan bonito que podía usarse perfectamente durante el día. Al menos solía ir en camisón desde por la mañana hasta por la noche cuando hacía calor.

—¡Camilla! —susurré.

Ella miró al suelo.

—Joven príncipe Poffer —exclamó la reina—. No creo que hayas oído lo que acabo de decir hace un instante. Dije que la princesa se llama Aurora, y éste no tiene nada que ver con los nombres de las niñas de la provincia de Telemark.

Seguramente me había equivocado. La princesa no debía de ser Camilla, porque éramos muy buenos amigos y ella no me habría mentido dejando que hiciera el ridículo ante todos los habitantes del castillo.

Pero sin embargo dije:

—¿Por qué llevas el camisón de mi prima?

Enseguida me di cuenta de que había metido la pata. También lo entendió así la reina, porque adoptó un aire muy severo, se levantó y dijo:

—Con profundo pesar comprendo que Kristoffer Poffer es un canalla. Y ese pesar es casi tan profundo como la mazmorra, porque jamás en la vida alguien ha llamado ladrona a la princesa Aurora, ni nadie ha llamado pijama a su vestido más bonito.

—Seguro que tienes razón, querida reina —dijo el príncipe Carolus—. Pero, por otra parte, Poffer ha colocado unas importantes piezas en un gran puzzle. Por eso no habría que arrojarle a la mazmorra todavía, aunque sí ha gastado ya su penúltima oportunidad.

Todo empezó a darme vueltas, pero me propuse tener mucho cuidado con todo lo que tuviera que ver con las palabras.

—¡Salamandras! —gritó la reina—. ¡Servid las galletas de letras inmediatamente!

Una de las salamandras abrió una ancha puerta en un extremo del salón de baile, y entraron por ella cuatro cochecitos de cartón impulsados por su propio motor, todos llenos de galletas de letras. Giraron en medio de la sala y cada uno fue a aparcar debajo de cada una de las cuatro sillas. Sólo faltaba subirlos a la mesa, y de eso se encargaron las salamandras.

Abrimos los coches y echamos cada uno un poco de nuestra enorme ración sobre el mantel blanco. Procuré hacerlo todo un momento después que



los demás, con el fin de no equivocarme.

Resultó más difícil de lo que me había imaginado, porque la reina ordenó que no nos comiéramos las galletas de letras hasta que las hubiéramos juntado formando palabras, pero yo no sabía leer, y por tanto tampoco escribir.

Los demás formaron curiosas palabras con las letras: GELATINA DE REINA, BALCÓN DEL CASTILLO, MARISCAL, BOTELLA MENSAJERA, HIPNOSIS, GROSELLAS, BUCEADOR... Así, fueron diciendo todo lo que habían escrito, antes de meterse las galletas en la boca. Sólo yo me quedé quieto, toqueteando las letras sin emitir ni un suspiro.

Cuando la reina descubrió mi caso, se levantó tan de repente que le chocaron las tetas.

—¿Al príncipe Poffer no le gustan las letras de la reina? —preguntó, señalándome desde arriba como si acabara de hacerle la burla, lo cual no era cierto.

—Desgraciadamente no sé leer —respondí encogiéndome.

—¿Has oído, Aurora? —gritó en voz alta—. ¡Este príncipe Poffer dice que no sabe leer!

—Pero es que la princesa tiene un año más que yo y va a empezar el colegio en el otoño —objeté.

—¡Tonterías! Aquí nadie va al colegio. Si no te das prisa en formar unas cuantas palabras con tus letras, te quitaremos también el habla. Y a los príncipes Poffer que ni siquiera han aprendido a hablar los arrojamos inmediatamente a la mazmorra. Está escrito en un libro muy antiguo. ¿Entendido?

—¡Sí! —contesté lo más claramente que pude.

En el fondo me alegré de que la reina hubiera contado exactamente lo que pasaría si no era capaz de formar algunas palabras con todas esas letras que tenía delante, sobre el mantel blanco, porque así supe que estaba obligado a intentarlo.

Puse todas las letras en fila, y luego leí en voz alta:

—DOY LAS GRACIAS A LA REINA Y A SU HIJA, LA PRINCESA,
POR HABERME PERMITIDO ESTA VISITA AL CASTILLO.

Eso fue lo más cortés que se me ocurrió.

—Comprueba que ha leído correctamente —dijo la reina a Carolus Rex.

Y el príncipe, a quien yo antes, ese mismo día, había desencantado, se inclinó sobre mí y leyó en voz alta:

—GMERSK SVIBYLL WARUX SIB MALGHEP QUIBUX
RATAMURLOW HEXATURP CORAZÓN DEL REY.

Yo ya no tenía tanto miedo, pues sabía con toda seguridad que me arrojarían a la mazmorra. Pero estaba avergonzado por haber escrito esas palabras tan feas.

—¡Ha abusado de mis preciosas letras para escribir bobadas sin sentido! —dijo la reina abriendo los brazos.

Una de las salamandras se acercó a la mesa e intervino en la conversación.

—¡Graciosa reina! —empezó a decir—. Me siento obligado a decirle a Su Majestad que este príncipe Poffer no es que haya escrito tonterías sin sentido, sino que cada palabra está escrita en la lengua de los gnomos.

—¡Entonces es un espía! —exclamó la reina.

Yo estaba totalmente de acuerdo, me sentía exactamente como un espía.

—Pero ¿qué *significan*? —gritó la reina—. ¿No hay nadie aquí que entienda el lenguaje de los gnomos?

—Con el permiso de la reina voy a traducir —dijo la salamandra—. Pone: «DOY LAS GRACIAS A LA REINA Y A SU HIJA, LA PRINCESA, POR HABERME PERMITIDO ESTA VISITA AL CASTILLO».

Eso era justo lo que yo había dicho, así que no entendí por qué había que traducirlo.

La reina se levantó y golpeó su copa con un tenedor.

—Entonces permitiré a este príncipe Poffer que conserve el habla, puesto que sabe leer y escribir, aunque sólo sea en el lenguaje de los gnomos. Peor me parece que sea el espía de los gnomos en nuestro castillo. Pero, bueno, eso también tendrá que esperar hasta mañana; ahora se servirá el plato principal.

—¡Viva! —gritó Su Alteza la princesa Aurora.

No estaba seguro de si lo dijo porque yo aún no iba a convertirme en comida para los leones o porque ella iba a poder comer ya las tortitas. Pero Camilla siempre gritaba «viva» cada vez que la tía Ingrid le daba alguna cosa rica. Lo mismo le pasará a esta hija de reina, pensé, porque todas las chicas son iguales.



EL CORAZÓN DEL REY

Una gran fuente con gofres humeantes fue introducida en el salón de baile sobre un carro con ruedas. Junto a los gofres había un cuenco de mermelada.

—Pero ¡mamá! —exclamó la princesa Aurora—. ¿No dijiste que íbamos a comer tortitas?

—Lo habrán cambiado en el último momento —contestó la reina madre—. No conviene comer tortitas con mermelada de fresa cuando al rey se le ha robado el corazón.

—Yo quiero tortitas —lloriqueó Aurora.

—¡Cállate, Camilla! —le regañó la reina.

Y de esa forma se descubrió. De pronto comprendí que sí era mi prima pero que había sido convertida en princesa por la maliciosa reina.

—Las dos cosas se hacen con la misma masa —prosiguió la reina—. Te lo he dicho un montón de veces. Lo mismo ocurre con las ranas y los renacuajos. Tienen un aspecto diferente, pero están hechos de la misma materia.

Al pronunciar la reina esas últimas palabras me fijé en la mermelada que había en la mesa. Pensaba que se trataba de mermelada de arándanos verdes, pero en ese momento me di cuenta de que eran huevos de rana, porque, si no, a la reina no se le habría ocurrido hablar de repente de ranas y renacuajos.

Intenté engañarlos igual que había hecho con las galletas de letras. Me serví dos gofres con forma de corazón y los junté sin meter ni un solo huevo de rana entre medias.

—¡Kristoffer Poffer! —dijo la reina—. ¿Por qué no comes la mermelada de arándanos del castillo?

—Soy alérgico —contesté.

—¡Tonterías! Eso es lo que se dice cuando a uno no le apetece la comida.

No me atreví a no poner unos cuantos huevos de rana entre los dos gofres. Quizá, después de todo, me había equivocado.

Pero no, no me había equivocado. Noté enseguida que esa mermelada no estaba hecha de arándanos, sino de algo que habían recogido en la charca de las salamandras cercana al castillo. Nunca había probado los huevos de rana, pero por el aspecto de algunas comidas se adivina inmediatamente a qué van a saber.

De repente, la princesa Aurora se levantó y señaló las galletas de letras, que seguían en la mesa tal y como yo las había colocado.

—Mamá —dijo a la reina madre—, en las galletas de letras no pone lo que ha dicho la salamandra.

Las salamandras, que estaban alineadas junto a las paredes, se volvieron y se miraron.

—Pero mi querida princesa Aurora —objetó la reina—, tú no sabes leer el lenguaje de los gnomos.

—Sí que sé —contestó la princesa mientras las salamandras empezaban a dar vueltas por la habitación—. Cuando era pequeña jugaba a menudo en el bosque con los príncipes Poffer, y entonces aprendí el lenguaje de los gnomos, porque los niños aprenden idiomas con mayor rapidez que los adultos.

—¿Qué pone entonces? —preguntó la reina.

—Pone: «**MENSAJE SECRETO A TODOS LOS HABITANTES DEL CASTILLO: LAS SALAMANDRAS FUERON LAS QUE ROBARON EL CORAZÓN DEL REY**».

Unas cuantas salamandras salieron corriendo del salón de baile, pero volvieron muy pronto, acompañadas de muchas más.

La reina se levantó de la mesa.

—¡Salamandras! —gritó—. Os ordeno que capturéis inmediatamente a todas las salamandras y las arrojéis a la mazmorra.

Y empezaron a capturarse unas a otras, hasta que por fin estuvieron todas apresadas. Formaban un espeso grupo, abrazadas las unas a las otras en un rincón de la sala.

De repente, una rana gorda salió disparada de las manos de una de ellas y comenzó a dar saltos por el suelo.

—Es el **CORAZÓN DEL REY** —gritó la reina señalando a la rana—. ¡Carolus! ¡Apresúrate a salvar el corazón del rey!

Pero a Carolus no le dio tiempo, porque las salamandras se habían librado las unas de las otras y se abalanzaron sobre el príncipe, la princesa y la reina. Luego los ataron con una gruesa cuerda y los sacaron a rastras del salón de baile.

Me quedé solo en la gran habitación. El corazón de rana estaba en el suelo, hinchándose y deshinchándose al respirar. Cuando me acerqué, se puso a dar saltos por la sala, y eché a correr tras la pobre rana hasta que logré capturarla.

Apreté el corazón del rey contra mi pecho y salí de puntillas del salón de baile. En el largo pasillo oí ruidos procedentes de la planta de arriba. Sentía constantemente los latidos del húmedo corazón de rana.

No tardé mucho en encontrar la habitación en la que yacía el rey sobre una cama de seda roja, exactamente de la misma manera que la última vez que lo vi. Coloqué el corazón húmedo debajo de su capa roja y entonces el rey empezó al instante a parpadear.



—¡Cordialmente presente, querido rey! —dije haciéndole una reverencia. El rey respiró con dificultad un par de veces y me miró.

—Buen príncipe Poffer —dijo—, creo que me has devuelto la vida.

Le conté todo lo que había sucedido en el castillo y entonces el rey pronunció un discurso:

—Kristoffer Poffer —empezó—, ha sido una gran suerte el que vinieras a este castillo. Con tus letras secretas has revelado a las salamandras como ladrones sin corazón. Seguro que tenían planes de robarme la mitad de mi reino, porque el que se apodera del corazón del rey obtiene la mitad de su

reino. Siempre he sabido que las salamandras viven de comer huevos de rana. Pero comer huevos de rana no es mejor que comer renacuajos, y comer renacuajos es lo mismo que comer ranas vivas. ¿Lo entiendes, Kristoffer Poffer? Además, todo el mundo sabe que el que come ranas está comiendo en realidad príncipes encantados, y el que come príncipes encantados come al rey en carne y hueso.

Me pareció un discurso muy serio. Al final dijo:

—Ven conmigo, valiente príncipe Poffer. Vayamos a la mazmorra y liberemos al gnomo Umpin en agradecimiento por haber hecho tortitas con mermelada de fresas de su propia cosecha.

EL APOSENTO DE LAS DONCELLAS

—Tuvimos que andar durante un buen rato por los pasillos del castillo hasta llegar a la mazmorra. El rey estaba tan agotado que no tenía fuerzas para correr. Yo también sentía las piernas algo cansadas.

—Un viejo y un niño son como dos hermanos —dijo el rey mientras caminábamos.

Lo miré, porque no entendí muy bien lo que quería decir.

—Las fuerzas del niño crecen cada año —prosiguió—, y las del viejo van menguando. Pero en este preciso momento somos los dos igual de fuertes, por eso resulta tan estupendo poder andar juntos.

De repente, un reloj empezó a dar campanadas.

—Ding-dong... Ding-dong...

Conté hasta diez campanadas.

—Es el reloj del castillo —dijo solemnemente el rey—. Cada hora nos avisa del paso del tiempo.

Me puso una mano sobre la cabeza y continuó:

—Pero en realidad no es el tiempo el que pasa, hijo mío.

—¿No?

—Somos nosotros los que pasamos. Sin los seres humanos, el tiempo no hubiera tenido agujas.

—¿Y qué hace entonces el tiempo?

—El tiempo cura todas las heridas. Y también crea otras nuevas.

—Entonces el tiempo es bueno y malo a la vez.

—Sí, las dos cosas.

Al cabo de un rato abrió una puerta de hierro oxidada que daba a una escalera que bajaba al sótano. La puerta chirrió al abrirse. Me agarré a la mano del buen rey.

La escalera estaba tan oscura que teníamos que ir tanteando con las manos al bajar. Pronto llegamos al sótano, donde resultaba más fácil ver porque ya

nos habíamos acostumbrado a la oscuridad. En el suelo había un montón de relojes viejos, algunos de ellos cubiertos de polvo y telarañas. Todo olía a viejo y a humedad.

—Aquí el tiempo está casi parado —dijo el rey.

Apenas hubo terminado de hablar cuando uno de los relojes se puso en marcha de repente.

—Está casi parado —volvió a decir el rey—, porque uno no puede esconderse del tiempo. El que juega al escondite con el tiempo juega al escondite consigo mismo.



Intenté reflexionar sobre esas sabias palabras que el rey acababa de pronunciar. En ese momento comprendí el significado de esa adivinanza que había oído alguna vez y que dice: «¿Qué es lo que anda y anda sin llegar nunca a la meta?». El tiempo no va ni hacia delante ni hacia atrás, no sube ni baja. El tiempo anda en otra dirección.

—¡Para! —gritó de pronto el rey. Yo me acerqué aun más a él.

Señaló un gran agujero en el suelo, alrededor del cual no había ninguna valla. Me imaginé que sería la mazmorra.

Oímos lamentarse al gnomo Umpin. Me tumbé boca abajo para mirar y un golpe de viento frío subió hasta mí.

Al fondo vislumbré a mi buen amigo, pero no vi ningún león. Lo único que correteaba en la penumbra eran unas ratas muy vivarachas.

El buen rey encontró una gruesa cuerda que lanzó al agujero. De repente la cuerda se tensó, y al instante el gnomo Umpin salió trepando desde las profundidades. Antes de poder pisar el suelo del sótano tuvo que sacudirse todas las ratas.

—Pero... ¡si es Su Majestad el Rey! —exclamó asustado el gnomo.

El rey carraspeó dos veces.

—No estás viendo visiones, mi querido Umpin. Este valiente príncipe Poffer ha recuperado mi corazón de sus ladrones, las salamandras.

—¿Las salamandras? —exclamó el gnomo espantado—. ¿Fueron las salamandras las que se llevaron el corazón del rey?

El rey asintió con la cabeza.

—Entonces también te habrán robado a la niña de tus ojos —prosiguió Umpin—, la princesa Aurora. Si no me equivoco del todo, la princesa está atada y bien atada en el aposento de las doncellas, dentro de la torre alta. He leído sobre esa torre en un libro muy viejo.

Estaba claro que tendríamos que ir corriendo a la torre alta. Nos deslizamos furtivamente por delante de todos los viejos relojes, y subimos a toda velocidad por las escaleras que desembocaban en la oxidada puerta de hierro.

Fuera, en el pasillo, estaban alineadas ocho gordas salamandras.

—¡Salud, queridas salamandras! —dijo el buen rey en tono amable—. ¿Nos dejáis pasar por favor?

—Lo lamentamos —dijo la más grande—, pero aquí nadie puede dar ni un paso más. Nos hemos apoderado del castillo.

El rey se puso tan triste que no supo qué decir.

—¿Cómo podéis ser tan desobedientes? —preguntó por fin—. Yo os salvé de la miseria de la fría charca de las salamandras. En este castillo habéis estado bien, y secas. Por lo tanto, os ordeno que nos dejéis pasar para que podamos liberar a la princesa Aurora.

La salamandra negó con la cabeza.

—A partir de ahora sólo obedeceremos a la reina, pero a ella la hemos escondido en un pozo secreto para no tener que escucharla cuando se pone pesada.

Intentó empujarnos de nuevo hacia el sótano, pero en ese momento me lancé hacia delante y me apresuré a meterme entre sus piernas. Dos o tres salamandras llegaron por detrás lentamente, y una de ellas lanzó una espada que quedó temblando en la pared, justo por encima de mi cabeza. Pero tenía la obligación de salvar a la princesa y sacudiéndome logré librarme de las salamandras, igual que el gnomo se había librado de las ratas al subir de la mazmorra.

No conocía el camino que conducía al aposento de las doncellas, pero optaba por subir cada vez que llegaba a una escalera. Al final trepé por una estrecha escalera de caracol dentro de una estrecha torre. La escalera acababa en un pequeño cuarto en medio del cual había una jaula.

La jaula tenía cabida justo para la princesa. Si no hubiera llegado a tiempo, ella seguramente habría muerto por falta de espacio, pensé, porque las princesas siguen creciendo.

Parecía estar dormida, al menos yacía completamente quieta. El pelo dorado le caía como rayos de sol sobre la cara en penumbra.

—Aurora —susurré con mucha delicadeza—. Vengo de las profundidades con el fin de salvarte.

Entonces se levantó, y sólo pudo ponerse en cuclillas porque la jaula no era mayor que una jaula de pájaros.

—Sabía que me encontrarías —gimió.

Recordé que Camilla había dicho algo parecido una vez que jugamos al escondite en Telemark. Después de buscar durante toda la mañana, la encontré por fin en el desván.

Descubrí que la jaula estaba cerrada con una gruesa cadena.

—Prueba a ver si funciona tu propia llave —dijo la princesa sacando un brazo a través de los barrotes y tirando de algo que colgaba de una cuerda alrededor de mi cuello.

Me toqué el cuello y noté que era la llave de mi casa. Me saqué la cuerda por encima de la cabeza y probé a ver si encajaba en el candado de la cadena.

Me llevé una gran sorpresa al comprobar que el agujero de la cerradura era exactamente igual a mi llave.

La princesa se reía de alegría cuando la saqué de la jaula. Pero al cabo de un instante dejó de reírse, cuando empezamos a oír pasos que se arrastraban por la escalera.

—¡Las salamandras! —susurró.

Me apresuré a esconder a la princesa detrás de la puerta y luego abrí una gran ventana que había en la torre. Dos salamandras, por suerte no muy gordas, entraron en la habitación dando patadas. Cuando una de ellas estaba a punto de capturarme, di un salto hacia un lado tan deprisa que la salamandra salió despedida por la ventana hasta el patio del castillo, muchos muchos pisos más abajo. Oí el ruido cuando chocó contra el suelo.

La otra intentó meterme dentro de la jaula, pero yo me retorcí como una serpiente y fue ella la que acabó en la jaula. Me lancé al suelo y cerré con la llave.

La salamandra gritaba como loca y yo me puse en cuclillas para mirar dentro de la jaula.

—Debes comportarte con los demás como quieras que los demás se comporten contigo —le dije—. Querías encerrarme en la jaula de las doncellas, así que es justo que yo te haga a ti lo mismo.

—Sácame de aquí, estúpido canalla Poffer —gritó.

Reflexioné un momento y luego dije:

—Puedes elegir entre quedarte aquí o saltar por la ventana, como hizo tu compañera.

Sólo contestó con un par de gruñidos, pero comprendí que había elegido quedarse en la jaula. Tiré al suelo la cadena con la llave. Así la pobre salamandra podría tener al menos el placer de contemplar la llave de la libertad.

Aurora salió pitando de su escondite.

LA HOGUERA DE SAN JUAN

B

ajamos a hurtadillas por la escalera de la alta torre. Por suerte no nos encontramos con ninguna salamandra en ese estrecho pasillo, en el que no había ninguna ventana por donde tirarla ni ninguna jaula en la que meterla.

—¿Dónde está el pozo secreto? —pregunté.

Al hacer esa pregunta me acordé del pozo de Camilla, justo detrás de su gran casa de Telemark. Algunas veces abríamos la tapa y lanzábamos grandes piedras dentro, aunque sabíamos que estaba prohibido. Una vez que estaba de visita el abuelo, la tía Ingrid nos pilló con las manos en la masa. Aquella noche tuvimos que acostarnos sin cenar. «¡Derechos a la cama!», nos gritó. Incluso al abuelo le pareció un castigo razonable, y eso fue lo peor del castigo. Aquella noche lloré hasta quedarme dormido.



La princesa me miró asombrada, como si hubiera hablado muchas veces de pozos secretos con ella, pero le dije que las salamandras habían escondido

a la reina en un pozo secreto para no tener que escucharla cuando se ponía pesada.

Estábamos ya en la plaza, delante del castillo, cuando me contestó:

—En el jardín del rey hay muchos pozos. No será fácil encontrar el que buscamos.

Corrimos hasta el jardín más grande que yo había visto jamás. Por todas partes había tumbonas rojas. Por entre los árboles y las tumbonas saltaban enormes ranas, sirviéndose hierba verde a base de bien. Al principio sentí algo de miedo, pero la princesa dijo que no eran peligrosas.

—Sólo tienen un vicio, y es que les gustan tanto los niños que suelen asaltarlos y lamerles la cara.

En ese mismo instante llegaron disparadas hacia nosotros dos gordísimas ranas que empezaron a lamernos la cara como si fuéramos comida para ranas.

—¡Quietas! —dijo la princesa Aurora.

Las ranas se alejaron despacio y volvieron a tumbarse bajo los árboles.

En el primer pozo al que nos asomamos sólo había renacuajos. El segundo tenía pinta de ser muy secreto porque estaba oculto tras unos tupidos matorrales. Tampoco allí estaba la reina, pero saltaban tantos peces sobre su superficie que la princesa y yo recibimos una ducha fría en los pies desnudos.

Para llegar al tercer pozo tuvimos que atravesar un campo sembrado de una hierba tan alta que nos hacía cosquillas en la nariz. Creí que íbamos a ahogarnos entre tanta hierba.

De repente oímos quejidos, y acto seguido descubrimos un gran pozo. Nos inclinamos sobre él y miramos dentro. Lo habían vaciado de agua y en el fondo, sobre unas grandes piedras, estaban sentados la reina y el príncipe Carolus atados de pies y manos, y con una bufanda alrededor de la boca para que no pudieran pedir socorro.

—Gmrf... gmofb —dijo la reina al vernos.

Me pregunté cómo íbamos a sacarlos de ese pozo tan profundo. Me volví hacia la princesa Aurora.

—Te pareces muchísimo a una niña que se llama Camilla —dije— y que tiene una cuerda para saltar tan larga que se puede utilizar como lazo.

No tuve que decir nada más porque Aurora se fue corriendo a través de la alta hierba. Me incliné para ver a los prisioneros.

—Gmrf... gmofb —volvió a decir la reina.

Aurora regresó enseguida con la cuerda. Lanzamos un extremo al pozo, pero se quedó abajo sin que ocurriese nada. Era porque la reina y el príncipe tenían los pies y las manos atados.

—Tendré que bajar al fondo a salvarlos —dije.

Aurora agarró la cuerda con ambas manos y yo empecé a bajar por ella. Cuando estaba abajo, miré hacia arriba y muy a lo alto vi un pequeño cielo redondo. Desde el cielo colgaba el pelo de ángel de la princesa, pues estaba inclinada mirándonos.

Me apresuré a aflojar la cuerda que ataba las manos del príncipe. Entonces pudo quitarse la bufanda de la boca, y dijo:

—Has sido muy valiente bajando hasta aquí, pero ¿cómo vamos a subir ahora?

Se desató la cuerda de las piernas y liberó a la reina madre.

—¿No ves allí arriba a la princesa? —pregunté.

Carolus negó con la cabeza.

—¿Cómo pretendes que una pequeña princesa pueda subir a una reina tan grande del fondo de un pozo?

—Empezará por subirme a mí, ¿sabes? Y cuando esté arriba, la princesa y yo te subiremos a ti, y finalmente entre los tres subiremos a la reina.

El príncipe frunció la nariz, pero comprendió que habría que intentar hacerlo así.

—¡Tienes que agarrar la cuerda con las dos manos y subirme tirando de ella! —grité a Aurora.

Me agarré bien a la cuerda. Al principio todo iba bien, pero cuando había recorrido la mitad del camino, la princesa no pudo más y acabé de nuevo en el pozo. Por poco no arrastré también a Aurora.

—¡Por Dios! —exclamó irritada la reina—. No estamos para jugar a la soga arrastrada.

Eso lo dije antes de preguntarme si me había hecho daño.

En ese momento me acordé de cómo tiraba el abuelo de la barca para poder sacarla del agua.

—Intenta atar la cuerda alrededor de un árbol —grité a la princesa.

No tardó mucho en conseguir sacarme del pozo. Tirando Aurora y yo de la cuerda no resultó demasiado difícil subir al príncipe. Y ya sólo quedaba la reina. Los tres nos inclinamos a mirarla.

—Sacadme de aquí inmediatamente —ordenó.

Le lanzamos la cuerda y sacamos a la pesada reina del pozo.

—¡Ahora tenemos que salvar al rey y al gnomo Umpin de la maldición de las salamandras! —dijo Carolus desenvainando la espada—. ¡A la plaza del castillo! —gritó.

Atravesamos la alta hierba y corrimos tan deprisa por el jardín del rey que las grandes ranas comenzaron a croar como locas.

En la plaza del castillo, las salamandras habían encendido una gran hoguera de San Juan. Cuando entramos en la plaza, estaban bajando al gnomo Umpin y al buen rey por la escalera del castillo.

—¡Nos van a quemar en la hoguera! —gritó Umpin.

El príncipe se precipitó hacia las salamandras, pero antes de que tuviera tiempo de sacar la espada, unos cuantos soldados se le echaron encima. Entonces la reina madre tomó la palabra.

—¡Salamandras! —gritó—. Esto ha ido ya demasiado lejos. ¿No os he dicho hace tiempo que vayáis a tumbaros a la mazmorra?

Con ello, se interrumpieron todos los preparativos para la fiesta de San Juan. Las salamandras liberaron instantáneamente al rey, al príncipe y al gnomo Umpin. Algunas empezaron incluso a echar agua a la hoguera. Al final se quedaron mirando avergonzadas a la enfadada reina madre.

—¡Marchaos ya a la mazmorra! —prosiguió la reina—. Y nada de protestas. ¡Se acabó el juego!

Las salamandras se pusieron inmediatamente en fila. Daba gusto ver lo obedientes que eran.

En fila, comenzaron a subir por la escalera del castillo. Yo me pregunté si verdaderamente harían lo que la reina les había ordenado, por eso las seguí a cierta distancia.

Al cabo de un buen rato llegamos a las oscuras profundidades del castillo. Una tras otra las salamandras se fueron colocando para saltar dentro del terrible agujero. Un chasquido subía desde el sótano cada vez que una de ellas alcanzaba el fondo.



Por fin saltó la última salamandra, y yo me quedé solo ante el agujero. Me tumbé boca abajo para mirar hacia el interior.

—¡Ya podéis arrepentiros! —les grité—. Habéis sido muy malas y no podemos tener unas salamandras tan malas en este castillo.

Justo en ese momento sentí ganas de hacer pis. Me puse en el borde del agujero e hice un larguísimo pis dentro, porque llevaba mucho tiempo aguantándome.

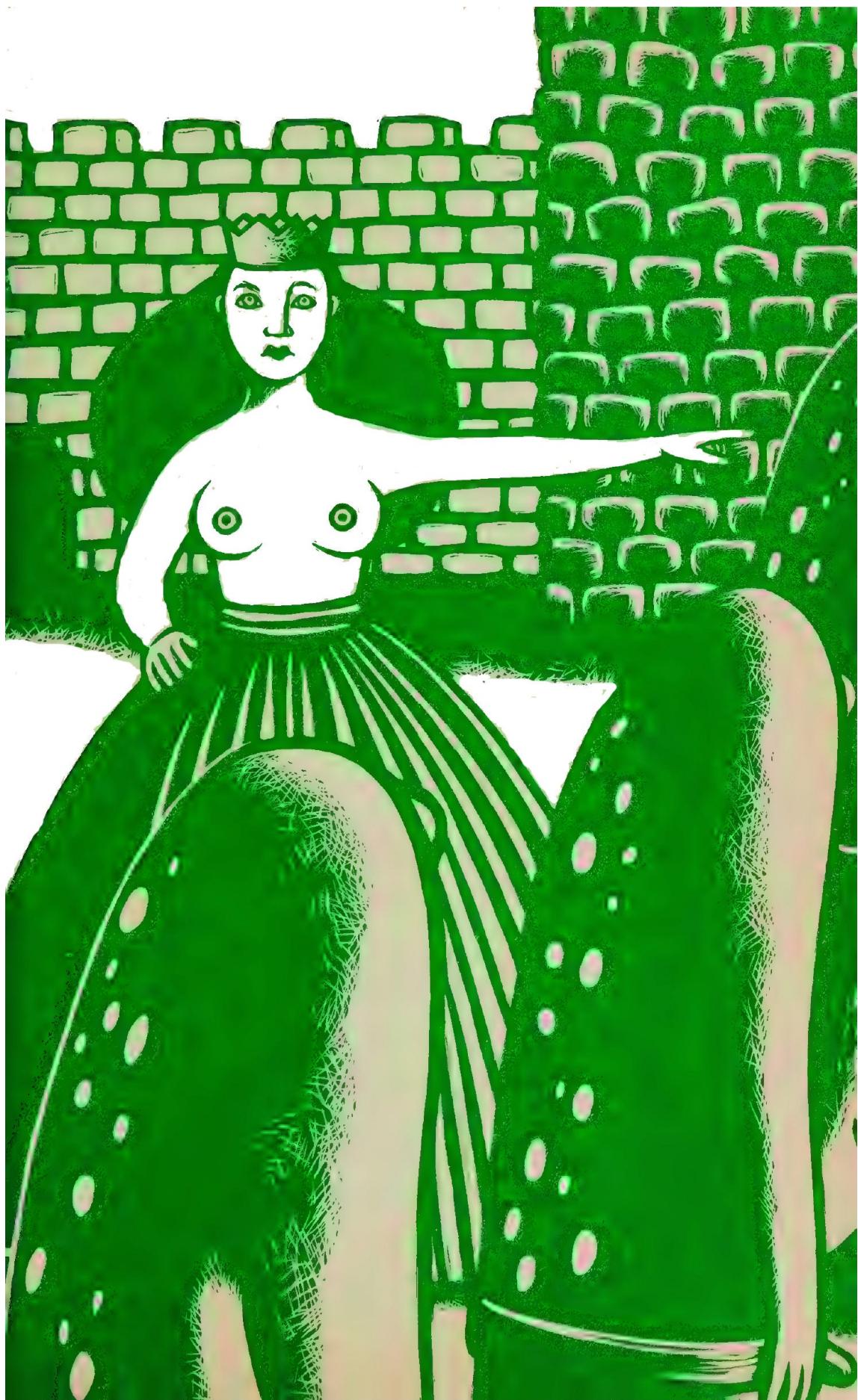
En cuanto se hizo el silencio en el oscuro sótano empecé a oír unos golpes constantes. Primero pensé que eran los latidos de mi propio corazón, pero luego entendí que eran los relojes antiguos, que habían vuelto a hacer tic tac.

Intenté buscar el camino de vuelta a la escalera. Cuando puse el pie sobre el primer escalón algo salió disparado de un viejo reloj que estaba escondido bajo una espesa capa de polvo y telarañas.

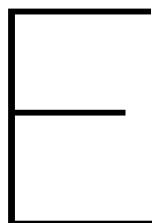
—¡Cu-cu! —dijo.

No era más que el cucú de un reloj, pero subí corriendo por la escalera y atravesé la puerta de hierro.

Cuando salí a la plaza del castillo fue casi como salir a una gran piscina, de tanta agua que habían empleado para apagar la hoguera de San Juan. Me empapé los pies al pisar el agua caliente.



EL ALTO TRIBUNAL



n el jardín del rey estaba toda la familia real sentada en torno a una gran mesa sacada para la ocasión. Me acerqué a ellos y descubrí que habían preparado una barbacoa en la noche de verano.

Mi abuelo había sido un maestro de la barbacoa antes de morirse de repente de insuficiencia cardíaca. Mamá estaba de vacaciones en un castillo de Francia cuando ocurrió. Yo estaba en la casa de verano con mis abuelos y entré en el salón para dar al abuelo el beso de buenas noches como siempre. Estaba tumbado en el sofá rojo y no movió ni un dedo cuando me abracé a su cuello. Primero pensé que sólo estaba descansando; pero al no contestarme cuando le hablé llamé a la abuela. Más tarde entendí que estaba muerto.

Por fortuna no tuve que pensar más en este tema, porque todas las altezas reales me saludaron y dijeron que, aunque era muy tarde y desde hacía mucho rato todos los niños deberían estar acostados, pasaríamos juntos una agradable velada.

Alrededor de la mesa estaban el rey, la reina, el príncipe y la princesa, además del gnomo Umpin. También descubrí a un señor muy rígido vestido con un uniforme muy solemne.

—¡Kristoffer Poffer! —dijo el buen rey—. ¿Me permites presentarte al mariscal del castillo?

El hombre tieso de uniforme azul se levantó inmediatamente y juntó los talones a la vez que se llevó la mano hasta la sien en posición de firme.

—Encantado —dije lo más solemnemente que pude. Nunca me había encontrado antes con un mariscal, pero sabía muy bien que a esa clase de gente no se les puede decir simplemente «hola» o «buenos días», porque el mariscal era el hombre más ilustre de todo el reino.

—El placer es mío —se limitó a contestar.

Se volvió a sentar, y el rey dio un golpecito en la copa con una pluma.

—Ahora este castillo está libre de salamandras —dijo—. Por eso resulta oportuno comer ancas de rana rebozadas y fritas. He puesto unas sabrosas piezas en el menú —añadió, señalando la gran barbacoa.

Yo no entendía nada. El rey había dicho anteriormente que comer algo que tuviera que ver con las ranas era lo mismo que comer al rey en carne y hueso. Pero yo ya había participado en una comida solemne en este castillo, y salió fatal, de manera que no me atreví a protestar.

—¡Protesto! —exclamó el mariscal levantándose y señalándome con su largo y tembloroso dedo índice—. Este príncipe Poffer acaba de pensar que no le apetece mucho comer la comida que servimos en este castillo.

Miré con desesperación alrededor de la mesa. De repente todo el mundo se había puesto triste y serio.

La reina movió enérgicamente la cabeza. Ni siquiera se había preocupado de echarse un chal sobre los hombros aunque ya había refrescado bastante.

El mariscal volvió a tomar la palabra.

—¡Y ahora se está lamentando porque la reina no se ha puesto ropa más elegante!

Me propuse no pensar en nada durante algún tiempo, pero en ese instante dijo la reina:

—Creo que debemos explicar por qué hemos empleado a un mariscal en este castillo. No sólo lee todas las cartas, también lee los pensamientos de todo el mundo, porque precisamente en los pensamientos es donde surgen todas las maldades.

Comprendí que la batalla estaba perdida. Se necesita mucho entrenamiento para aprender a dirigir los pensamientos de uno, pensé. Resulta mucho más fácil no decir cosas feas.

—Las cosas feas —dijo el mariscal inclinándose sobre la mesa y poniéndome su dedo índice en la frente—, siempre empiezan aquí.

Miré al buen rey. Él también se había puesto serio.

—Mi querido príncipe Poffer —dijo—, en este castillo la reina ha decidido que no basta con comportarse bien en la mesa. Si un príncipe pretende estar a gusto en el castillo también tiene que aprender a controlar sus pensamientos más íntimos.

La reina y el mariscal asintieron serios, y en ese momento el gnomo Umpin se levantó y se puso a dar golpecitos en la copa con el tenedor.

—Queridos anfitriones reales —empezó—, es cierto que puede resultar ventajoso que todo el mundo tenga los pensamientos, palabras y actos puros. Pero sentado a la mesa uno debería tener derecho a entrenarse en una cosa

cada vez. Como todos los demás, este príncipe Poffer debe aprender a controlar sus pensamientos, es cierto, pero no se le puede responsabilizar de todo lo que ocurre en el castillo.

La reina adoptó una desagradable expresión de cara y empezó a dar golpecitos en la mesa con los dedos.

—¿Es que opinas que Kristoffer Poffer debe tener derecho a pensar que la reina es desgradable? —preguntó el mariscal—. Además, lo que ella haga con sus dedos es asunto suyo.

—No es de extrañar que un pequeño príncipe del bosque se aturda un poco al oír tantas cosas extrañas —prosiguió Umpin—. Un castillo entero es demasiado para un niño pequeño.

La reina se levantó de la silla y se inclinó sobre la mesa. Luego nos señaló al gnomo Umpin y a mí.

—¡Qué asco! —exclamó—. Toda esta tontería está empezando a irritarme. Solucionaremos el problema simple y llanamente arrojando a ese príncipe Poffer y a ese gnomo Umpin a la mazmorra ahora mismo. Desde el principio he dicho que esa clase de hombrecillos no son bienvenidos en este castillo.

Se hizo un gran silencio alrededor de la mesa, sólo la princesa Aurora hizo como si nada y se acercó a la gran barbacoa para servirse una pequeña anca de rana que poder chupar, en lugar de seguir sentada con la cara malhumorada, como los demás.

El rey golpeó la copa con su pluma.

—Amada reina —empezó—, tengo que pedirte que dejes que la justicia reine en mi castillo. Eso quiere decir que ni el gnomo Umpin ni Kristoffer Poffer pueden ser arrojados a la mazmorra antes de ser conducidos ante un juez. Y tú, mariscal, ya sabes lo que tienes que hacer.

El mariscal se levantó y juntó los talones antes de desaparecer escaleras arriba. Pronto volvió a bajar con una silla muy alta.

Colocó la silla en la hierba, delante de todos, y trepó hasta ella. Así ocupaba un lugar mucho más alto que los demás.

—Éste es el tribunal más alto del castillo —comenzó a decir—. Si alguien en este grupo tiene alguna queja que presentar contra el gnomo Umpin o contra su amigo Kristoffer Poffer, tiene la palabra.

La reina comenzó a dar pequeños pasos hacia delante y hacia atrás, como si el mariscal fuera un socorrista y el mundo fuera una playa.

—Esas palabras deberían sobrar —empezó—, a nadie se le pueden haber escapado las molestias que hemos tenido que sufrir en nuestro castillo con la



llegada de este príncipe Poffer.

—Eso no prueba nada, honrada reina — intentó decir el gnomo Umpin—. Lo que hay que probar es que los contratiempos sucedidos en el castillo los ha causado el príncipe Poffer.

—¡Bien! — prosiguió la reina madre—. Entonces empezaré por preguntar a Kristoffer Poffer si piensa que soy una tonta.

—En absoluto, honrada reina —dije sin pensarla. Pero luego me puse a pensarla y decidí que sí, que me parecía tonta y que además también era mala y asquerosa.

—¡Mariscal! — exclamó la reina severamente—. Por favor, lee los pensamientos del príncipe Poffer.

El mariscal nos miró desde arriba, primero a mí y luego a la reina.

—Acaba de pensar

que la reina es tonta y que además también es mala y asquerosa.

—¡Gracias! —dijo la reina—. Entonces he podido probar que Kristoffer Poffer miente. El que miente roba, y al que roba hay que arrojarlo inmediatamente a la mazmorra.

A mí todo eso me pareció correcto, por eso me limité a mirar al suelo, aunque también me pareció que la princesa o el príncipe hubieran podido decir algo para salvarme, ya que yo los había salvado a ellos varias veces.

La princesa no hacía más que chupar el anca de la rana, igual que hizo Camilla una vez que comió pollo y que mamá se había enfadado conmigo porque me había hecho pis encima porque Camilla había dicho algo tan divertido que casi me muero de la risa. Ese día ella me pareció muy cobarde.

—Ahora el príncipe Poffer está pensando que la princesa es cobarde —informó el mariscal.

—Eso es posible —dijo Umpin—, y tal vez tenga razón. Al menos no se puede juzgar a Kristoffer Poffer por pensar que la reina es tonta sin investigar primero si es verdad o no.

La reina se enderezó y señaló a mi buen amigo.

—¡Pruebas! —gritó.

—Esta cruel reina me acusó una vez de haber robado el corazón del rey —explicó el gnomo Umpin—. Y por eso me arrojaron a la mazmorra. Pero todo el mundo sabe que fueron las salamandras las que cometieron esa atrocidad. Pero ¿quién se lo ordenó? La reina; así que fue ella quien robó el corazón del rey, y por eso es verdad que la reina es tonta, y además mala y asquerosa.

El rey se levantó de la silla y dijo:

—Es éste un día muy triste en todos los aspectos, porque o mi amada reina se ha transformado de repente en una tonta, mala y asquerosa, o mi buen príncipe Poffer de los bosques es un espía que miente y roba. A mí me resulta imposible juzgar quién tiene razón en este caso.

—Sugiero que dejemos que el mariscal decida esta cuestión inmediatamente —apuntó la reina.

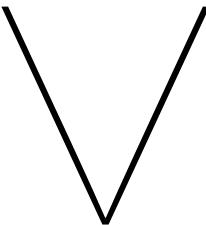
—¡Eso es injusto! —grité enfadado—. Es injusto dejar que el mariscal decida, porque él siempre está de parte de la reina.

Pero mi opinión no sirvió de nada. El mariscal se enderezó en la silla del juez y dijo:

—Se condena al príncipe Kristoffer Poffer de los bosques y al gnomo Umpin, del mismo lugar, a ser arrojados a la mazmorra justo después de la

cena.

LA MAZMORRA

arias veces había pensado que esa visita al castillo acabaría con la reina enviándome a la mazmorra. Sin embargo, cuando el mariscal lo gritó me eché a llorar.

No sirvió de nada porque, aunque lloraba a lágrima viva, nadie en el castillo quiso consolarme. Al contrario, todo el mundo se acercó a la barbacoa a servirse ancas de rana. Me quedé solo, sollozando hasta que vi que la princesa Aurora empezó a jugar delante de mí con una pelota atada a una goma, como si nada hubiera ocurrido. Entonces me enfadé tanto que dejé de llorar inmediatamente.

—Deberías ir a buscarle algo de ropa a tu madre en lugar de comportarte como una boba —le dije.

Como ya estaba decidido que me arrojarían a la mazmorra, podía decir todo lo que quisiera.

En realidad estaba acostumbrado a pensar en cosas tristes. Después de morir mi abuelo, habían sucedido bastantes cosas tristes en mi familia.

Primero, mamá se fue a ese castillo de Francia y no me dejó ir con ella aunque estuve dándole la lata durante semanas. Cuando el corazón del abuelo falló de repente, mamá interrumpió sus vacaciones en el castillo de Francia y cogió el primer avión para poder asistir por lo menos al entierro.

Yo quería muchísimo al abuelo, porque siempre me levantaba por los aires y me decía que era su pequeño príncipe. Ahora el abuelo está «más allá del oriente del sol y más allá del occidente de la luna». Al menos ya no existía, y a mí me daba mucha pena porque lo echaba mucho de menos. Me parecía muy injusto que un hombre bueno no pudiera seguir siendo un maestro de la barbacoa sólo porque su corazón se había negado a seguir latiendo.

Se me ocurrió pensar en todo eso ahora que la reina había decidido que yo acabaría en la mazmorra. Esperé hasta el último momento que cambiara de idea, pero esta vez ni tiritaba ni tenía frío.

—Ruego me disculpen por interrumpir la fiesta —dijo el mariscal al cabo de un rato—. Sólo quiero saber si vamos a arrojar a esos bribones a la mazmorra antes o después del postre.

—Cuanto antes mejor —exclamó la reina—. No soporto estar rodeada de niños a todas horas.

El gномo Umpin y yo miramos suplicantes al buen rey.

—¿Es necesario que me arrojen a la mazmorra? —pregunté.

El rey carraspeo dos veces y miró a la reina, luego dijo:

—Lo siento, mi querido príncipe Poffer, pero también tú tendrás que hacer lo que ordena la reina en este castillo.

El gномo se enderezó y preguntó:

—Querido rey, ¿por qué dices eso, si tú no eres tan malo como la reina?

Entonces el rey dijo unas palabras que no se me fueron de la cabeza en mucho tiempo:

—No soy malo, querido Umpin, pero desde que mi corazón fue robado por esas salamandras francesas no soy tan poderoso como antes.

Me sobresalté al oír que las salamandras eran francesas. Aunque no me había parado a pensarlo, y nunca había estado en Francia, intuía desde hacía tiempo que las salamandras procedían de ese país.

La despedida no fue larga. Como en el castillo no quedaban salamandras para ocuparse de seres como el gномo Umpin y yo, fueron la propia reina y su mariscal privado los que nos acompañaron hasta el gran agujero al que íbamos a ser arrojados.

Únicamente recuerdo que me volví y dije adiós con la mano a los del jardín, pero sólo el buen rey del corazón débil me devolvió el saludo. La princesa mimada estaba delante de la mesa jugando con esa estúpida pelota, como si nada triste estuviera a punto de suceder, y el príncipe Carolus estaba sentado cómodamente bajo el sol de la tarde limpiándose las uñas con su espada.

—Daos prisa —ordenó la reina empujándonos a Umpin y a mí por la escalera—. No podemos emplear toda esta agradable tarde de junio en librarnos de vosotros.

Al cabo de un rato llegamos al oscuro sótano con todos los relojes. En cuanto llegamos al gran agujero, la reina y el mariscal nos empujaron dentro.

Caímos sin cesar y tardamos mucho tiempo en dejar de caer, tan profundo era el agujero.

—¡Estamos cayendo! —recuerdo que grité.

—Así es, Kristoffer Poffer —contestó el gnomo Umpin en medio de la caída—. Pero aún no hemos alcanzado el fondo, afortunadamente.

Algo tuvo que frenarnos en el último momento, porque no nos hicimos ni un rasguño al aterrizar.

Al levantarnos, oímos una voz que nos llegaba desde muy arriba:

—Lo sentimos por vosotros, porque habéis sido muy tontos y no podemos tener gnomos y príncipes Poffer así en este castillo.

Lo último que oímos fue la risa desalmada del mariscal.



LA CALDERA TENEBROSA

stamos metidos en un buen lío, Kristoffer Poffer —dijo el gnomo Umpin sacudiéndose el polvo de la capa verde.

No entendía cómo podíamos estar metidos en un *buen* lío si estábamos en una horrible mazmorra donde, además, habían arrojado a todas las salamandras, que seguramente se vengarían de nosotros con gran crueldad.

Estuvimos cayendo durante un buen rato a través de una oscura noche, pero el fondo del agujero no estaba completamente negro.

—Son luciérnagas que brillan en la oscuridad —dijo Umpin señalando unas minúsculas figuritas luminosas, no más grandes que un renacuajo, alineadas en el suelo.

—¿Aquí viven luciérnagas? —pregunté asustado. El gnomo Umpin abrió los ojos de par en par.

—Kristoffer Poffer —dijo—, ¿no irás a decirme que no sabes de dónde vienen esos gusanitos fosforescentes?

Avergonzado, tuve que admitir que no lo sabía.

—Son salamandras transformadas —explicó—. Cuando las salamandras se hacen mayores y encienden una gran hoguera de San Juan para quemar al rey y a su familia más allegada, son siempre arrojadas a la mazmorra del castillo, donde se transforman inmediatamente en luciérnagas, llamadas también en algunos sitios *gusanos de San Juan*, que iluminan la oscuridad para todos los príncipes Poffer que han corrido su misma suerte. Esto está escrito en un libro muy antiguo.

A mí todo eso me pareció muy misterioso.

—¿Nunca volverán a ser salamandras? —pregunté.

—Se ve que no tienes por costumbre leer libros antiguos, mi querido príncipe Poffer. En ese libro pone que las luciérnagas emprenden enseguida el largo camino de regreso a esa charca de las salamandras de la que en un principio salieron. Cuando por fin llegan allí, bien entrado el otoño, se convierten de nuevo en salamandras y entonces la malvada reina, que siempre

está a la caza de salamandras francesas, puede volver a hacerlas soldados del castillo.

—¿Cómo pueden volver a la charca de las salamandras, o a Francia, si están prisioneras en un profundo agujero? —me vi obligado a preguntar.

—Este agujero no es toda la verdad —prosiguió Umpin—. Si no me equivoco del todo, nos encontramos en este momento en el fondo de un valle subterráneo que conduce directamente a la charca de las salamandras. ¿No ves que por ahí abajo fluye un río? El agua de ese río viene de todos los pozos del jardín del rey.



Eché un vistazo a mi alrededor y descubrí que nos encontrábamos en la orilla de un río subterráneo. Gracias a la luz de las luciérnagas, que avanzaban increíblemente despacio por la orilla, no estábamos completamente a oscuras.

Comprendí que esos gusanos fosforescentes tardarían muchísimo tiempo en volver a ser salamandras. También me sentí bastante aliviado por no tener que vivir en una mazmorra el resto de mi vida, porque si las luciérnagas podían recorrer el largo camino de vuelta a la charca de las salamandras, también podíamos hacerlo nosotros.

—Ven conmigo, Kristoffer Poffer —dijo el gnomo Umpin abriendo los brazos.

Empezamos a caminar siguiendo el curso del río subterráneo. Cuando llevábamos un buen trecho recorrido, descubrimos que el terreno era tan empinado que ya no había sendero.

—No podemos continuar a pie —constató el gnomo—. A partir de ahora tendremos que seguir por el agua. Aquí hay una pequeña barca.

Señaló una barca que era exacta a la barca roja de remos de mi abuelo.

Tuvimos que bajar por una escarpada montaña. Por poco no me resbalé y caí al agua. Enseguida nos encontramos sentados el uno frente al otro en la barca, como habíamos estado tantas veces el abuelo y yo aquel verano en que murió. El gnomo Umpin ni siquiera tenía que remar, porque la corriente del río arrastraba la barca.

—Ahora estamos en las profundidades, Kristoffer Poffer —dijo Umpin. Su voz retumbaba en la gruta subterránea—. Estamos a tanta profundidad que aquí sólo pueden decirse las verdades más profundas.

A mí no se me ocurrió ninguna verdad profunda que decirle.

—Nos encontramos por debajo de la superficie —prosiguió—, así que no podemos ser tan superficiales como antes.

No quería ni pensar cómo iba a acabar esa conversación si empezábamos a profundizar, de modo que no dije nada.

—¿Sabes cómo se llama esta profundidad? —susurró Umpin solemnemente.

—¿Es la profundidad de la Muerte? —pregunté asustado. Pensé que todo tenía que ver con mi abuelo.

El gnomo se quedó un buen rato contemplando el río subterráneo antes de contestar:

—Es la Caldera Tenebrosa —dijo meditabundo.

—¿De veras?

El gnomo Umpin hizo un gesto afirmativo tan solemne como solía hacerlo mi abuelo cuando le hacía preguntas serias.

—Y pronto darán las once.

Señaló hacia el agua, donde descubrí una botella de refresco vacía con un corcho. Me incliné por la borda, subí la botella a la barca y vi que era una auténtica botella mensajera, porque en su interior había una hoja de papel con una cinta de seda rosa alrededor.

Abrí la botella y saqué el papel. Dentro había un par de gafas. En cuanto me las puse, ocurrió algo extraño. Aunque aún no sabía leer, entendí lo que decían las letras de la hoja.

—¡Sé leer! —grité en voz alta.

El gnomo Umpin me miró como si me tuviera envidia.

—Supongo que eso se debe sólo a que te has puesto unas gafas para leer —dijo.

Leí en voz alta y clara lo que ponía en la carta:

Querido Kristoffer Poffer:

Te envío un mensaje, dentro de esta botella que tiro a un pozo del jardín del rey, para poneros sobre aviso a ti y al gnomo Umpin: la reina ha decidido vaciar todos los pozos para que el agua vaya directamente a la mazmorra y os ahoguéis los dos. Está esperando a que el rey se vaya a tumbar al sofá del castillo. Entonces llegará un terrible diluvio a la Caldera Tenebrosa. Tendrás que elegir entre arándanos o grosellas verdes.

Saludos de la princesa Aurora.

—Esa reina sigue ávida de los placeres de la maldad —suspiró el gnomo Umpin.

Colocó los remos en las horquillas y empezó a remar a toda marcha.

En ese mismo instante oímos cómo una atronadora cascada inundaba todo el valle subterráneo. El maremoto nos levantó por los aires y no nos bajó hasta que salimos disparados del túnel, con el agua espumosa chorreando por encima y por debajo de nosotros.

Estuvimos realmente a punto de ahogarnos, pero salimos navegando hasta la charca de las salamandras. La barca no volcó, pero se llenó casi por completo de agua y los remos desaparecieron.

Nos quedamos flotando a la deriva en medio de la gran charca. A nuestro alrededor croaban las ranas en la cálida noche de verano. Lagartijas y otros reptiles se arrastraban por la hierba y los pajarillos trinaban en los árboles. Había tantos sonidos en el gran bosque que éste sonaba como una orquesta.

Cuando por fin llegamos hasta esa orilla donde hacía mucho, muchísimo tiempo, habíamos capturado tantos renacuajos y besado a la rana que se convirtió en príncipe, estábamos empapados y helados.

Detrás de la charca de las salamandras vimos erguirse hacia el cielo nocturno el gran castillo. También oímos unos sonidos muy feos que provenían de allí, seguramente de la malvada reina al descubrir que después de todo no nos habíamos ahogado.

De pronto se oyó un ruido en la hierba. Vi que el gnomo se asustó y, a la vez, descubrí que el ruido procedía de unas enormes gallinas.

—¡Son las gallinas del rey! —susurró el gnomo Umpin muy excitado.

—¿Y por qué te has asustado tanto? —pregunté.

El gnomo Umpin se volvió hacia mí y dijo:

—¿No te has dado cuenta de que esas gallinas son unas miedicas?

Tuve que admitir que no había reparado en ello, pero yo también me sentí un miedica, sobre todo al descubrir que una de las ranas gigantes de América del Sur estaba saliendo del agua.

Noté que mi corazón latía el doble de rápido que de costumbre y me dio un vuelco tan grande que tuve miedo de que se me saliera por la boca.

—¡ Debemos volver a toda prisa al invierno! —exclamó el gnomo Umpin.

—Vale —contesté, deprisa y corriendo. En ese instante oímos a la princesa Aurora gritar desde la torre alta del castillo.

—¡Cuidaos de los peligros de la maldad!

Nos miramos a los ojos.

—Tienes que darme la mano —dijo el gnomo Umpin.

Al instante nos encontramos sobre la nieve helada. De pronto llevaba de nuevo el pijama con dibujos de coches y motos, pero una manga se había roto porque una de las ranas se me había agarrado a la camisa en el momento de salir de una estación del año para entrar en la otra.

—Aquí no pueden llegar —exclamó el gnomo Umpin sin aliento—, porque esos peligros son del verano.



SIN CORAZÓN

l gran bosque brillaba como la plata, y sobre los altos pinos colgaba la luna llena como un enorme globo.

Como todos los peligros habían desaparecido, el gnomo Umpin y yo nos pusimos a caminar lentamente sobre la nieve helada sin saber qué decir.

—Bueno... —dijo al final el gnomo, y lo repitió al menos tres veces.

Entendí que con eso quería decir que le gustaría charlar más conmigo, pero que no sabía cómo empezar. Por eso dije:

—El corazón me dio un vuelco.

Umpin me miró y vi sendas lágrimas en los rabillos de sus ojos.

—Es mejor tener el corazón volcado que no tener corazón —dijo por fin.

Esa respuesta me intranquilizó, porque me recordó lo que había dicho el príncipe sobre los gnomos, que buscan corazones humanos sin cesar. Y esa caza tiene lugar bajo la luna llena y sobre la nieve helada, me había comentado una vez.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no tienes corazón? —le pregunté.

Dio una par de vueltas por la nieve, luego se volvió hacia mí y dijo:

—Ningún gnomo tiene corazón, todo el mundo lo sabe. Pero, si quieres, puedes comprobarlo por ti mismo.

Me acerqué a él y pegué la oreja a su pecho. Allí dentro reinaba un silencio sepulcral.

—En ese caso no entiendo cómo puedes estar vivo: mi abuelo no pudo seguir viviendo cuando su corazón dejó de latir.

El gnomo Umpin se irguió.

—Kristoffer Poffer —dijo—, si no tengo un corazón que late constantemente, no soy de carne y hueso como tú o todas las ranas del bosque, y si no soy de carne y hueso tengo que ser un sueño, pero si soy un sueño tiene que haber una persona que me esté soñando y, si no me equivoco del todo, esa persona eres tú.

Dicho esto, me metió un dedo en el pecho con tanta fuerza que casi me hizo daño.

Me asusté. Si realmente todo era un sueño, se trataba de la primera vez en la que yo mismo había entrado en un sueño. Y si yo había entrado en el sueño con todo mi ser, entonces por la mañana no estaría en mi cama cuando mamá y papá fueran a despertarme. Pero, entonces, ¿dónde estaría? Puede resultar muy complicado buscar a un niño que se ha perdido en un gran bosque, pensé, pero mucho más difícil será encontrar a un niño que se ha perdido en un sueño.

—No puede ser verdad —dije, y esa vez era yo quien tenía lágrimas en los rabillos de los ojos.

—Puede que sea del todo verdad, Kristoffer Poffer —prosiguió el gnomo Umpin—. Puede, por ejemplo, ser tan verdad como que tu abuelo ya no vive, aunque sigue vivo en tus pensamientos.

—No es lo mismo —dije—. Y no te permito hablar de mi abuelo, porque tú nunca has estado sentado sobre sus rodillas escuchando sus cuentos.

El gnomo Umpin se cruzó las manos por la espalda y empezó a dar vueltas sobre la nieve helada. Por fin dijo:

—Por desgracia es exactamente lo mismo, mi querido príncipe Poffer. Ni tu abuelo ni yo podemos adentrarnos en el mundo y sentir el sol en la cara como tú, porque nosotros somos sólo imaginación. Y aunque yo no haya estado sentado sobre las rodillas ni de tu abuelo ni de ningún otro ser vivo de carne y hueso, he estado presente en muchos de los cuentos que te contaba tu abuelo. ¿O has olvidado que tu abuelo te contaba muchos cuentos de gnomos, príncipes y altos castillos blancos en los que siempre sucedían cosas emocionantes?

No pude negarlo, y sin embargo me resultó muy difícil creer que el gnomo Umpin no fuera más que un sueño. Había dicho muchas cosas que yo no sabía, y yo pensaba que los que vivían dentro de un sueño no podían ser más sabios que el que los soñaba.

Me decidí a investigar este asunto más a fondo. Aproveché que el gnomo se quedaba muy pensativo y entonces le pregunté:

—¿Me dejas adivinar lo que estás pensando?

Me miró sorprendido, pero dio su consentimiento.

Me tocaba a mí pensar. Si el gnomo Umpin realmente no era más que mi propio sueño, no podría resultarme tan difícil leer sus pensamientos.

—Creo que estás pensando en tortitas —dije.

—¡Falso! —se apresuró a contestar—. Estaba pensando en cuánto me gustaría beberme un vaso de limonada.

Me alegré mucho de haberme equivocado, porque eso era una prueba de que el gnomo Umpin no era un sueño.

Para estar completamente seguro decidí hacer una pregunta más, y tendría que ser tan difícil que ni yo mismo supiera la respuesta.

—¿Cómo se llama la montaña más alta de Noruega? —pregunté.

—Ésa es una pregunta tremadamente sencilla, mi querido príncipe Poffer. Se llama Galgeberg^[1].



Me reí.

—Muy interesante —comenté—. Pues yo no lo sabía.

El gnomo Umpin empezó a rascarse las orejas como si yo hubiera dicho algo que no le cuadraba.

—¡Eso quiere decir que entonces vives tu propia vida!, ¿no lo entiendes? —grité lo más alto que pude—. Y entonces no puedes ser mi sueño. Además, nunca habría soñado con ranas y salamandras o con reinas malvadas o mariscales adivinadores de pensamientos si hubiera podido elegir yo mismo.

Umpin se limitó a sacudir la cabeza, abatido.

—Kristoffer Poffer —dijo—, eres un principito muy simpático, pero no muy sabio.

Señaló el bosque y prosiguió:

—Allí fuera está el mundo —dijo—. En él hay personas y animales extraños y muchos países lejanos. ¿Pretendes decir que conoces todo lo que hay en ese mundo?

Estaba hablando igual que hablaba el abuelo.

Negué con la cabeza, porque yo sólo había estado en Inglaterra y en Legolandia; y entre los pájaros que solían venir a comer al plato que les poníamos en el jardín, había algunos cuyos nombres aún desconocía.

El gnomo Umpin continuó:

—Bueno, ése era el mundo de fuera. Pero además hay un mundo dentro de ti, el llamado «mundo de la imaginación». ¿Pretendes decir que conoces a fondo todo lo que hay ahí dentro?

Dicho así, no le pude contestar afirmativamente. Me limité a negar con la cabeza mientras miraba avergonzado la nieve helada.

—Entonces sugiero que no hablemos más ni de este asunto ni de asuntos como éste —prosiguió—. Preferiría que habláramos de cómo es tener corazón. Es algo que todos los gnomos se preguntan, ¿sabes?

No supe qué contestar, pero noté cómo me latía el corazón en el pecho. Subía y bajaba igual que el corazón de una rana.

—Un corazón late sin cesar —continuó el gnomo—. ¿No resulta bastante curioso? Ni siquiera hace falta darle cuerda. E incluso cuando uno duerme o piensa en algo completamente diferente, el corazón sigue haciendo su trabajo con más precisión que un reloj.

El gnomo Umpin me miró con los ojos entornados. Yo estaba seguro de que había llegado el momento de robarme el corazón.

—¿Vas a robarme ya el corazón? —le pregunté mirándole a los ojos.

Pero entonces sonrió tan cálida y sabiamente como solía sonreírme el abuelo cuando iba a contarme algo agradable.

—Tu corazón late para los dos, Kristoffer Poffer. Por eso no tengo necesidad de robártelo.

LOS PELIGROS DEL VERANO

 1 gномо Umpin se quedó mirándome fijamente a los ojos bajo la intensa luz de la luna, como si le extrañara que siguiéramos siendo dos y no sólo uno.

—Pues aquí seguimos bajo la luz de la luna —dijo al final.

Yo había empezado a dudar de eso. Me pregunté si no estábamos en realidad en otro lugar, porque me parecía que el gномо Umpin tenía la cara y la ropa verde cada vez más pálidas.

—Al fin y al cabo todo habrá sido sólo un sueño —dije.

Me daba un poco de pena, aunque el sueño no había sido nada agradable. Las mejillas del gномо recobraron algo de color.

—Mi querido Kristoffer Poffer, no se dice sólo un sueño. *Decir sólo un sueño* es tan tonto como decir sólo una realidad, porque un pequeño príncipe Poffer vive tanto en el país de los sueños como en ese otro país de donde procede.

Me quedé mirando la blanca nieve helada que cubría la charca de las salamandras. Debajo de la nieve y del hielo continuaba ese horrible verano. En cuanto la nieve empezara a derretirse, los peligros del verano nos acecharían de nuevo.

—En realidad lo único que has hecho es huir de todo —dijo el gномо Umpin pensativo.

Me pareció cobarde por su parte echarme a mí toda la culpa por habernos fugado juntos de los peligros del verano.

—Cuando las cosas se ponen feas supongo que lo más sensato es alejarse —dije de la forma más adulta posible.

Umpin sacudió su cabecita de gномо.

—El que huya de un sueño peligroso volverá a ese mismo sueño una y otra vez. Hay que enfrentarse a un sueño peligroso igual que uno se enfrenta a un lobo en el bosque.

—¿Y eso cómo es? —me sentí obligado a preguntar, pues no me había encontrado con muchos lobos en mi vida.

—Cuando te encuentras con un lobo peligroso no debes echar a correr, porque si lo haces, el lobo te perseguirá, y un lobo corre mucho más deprisa que un príncipe Poffer. Lo que debes hacer es quedarte quieto y mirarle fijamente a sus ojos verdes, hasta el interior de su cabeza. Entonces, será el lobo el que salga corriendo a esconderse, a no ser que se vuelva dócil como un cordero y se acerque a ti para lamer tu mano. Lo mismo ocurre con los peligros del verano y con las reinas y los mariscales.

—No me lo creo —dije muy resuelto—. Esa reina es tan malvada que no es fácil saber lo que inventará la próxima vez.

El gnomo Umpin empezó a excavar en la nieve helada con un pie.

—Esas cosas nunca se saben con seguridad. Tal vez sea buena en el fondo.

Me enfadé. Le apunté severamente con el dedo índice y dije:

—¿Cómo puedes decir que tal vez sea buena en el fondo si nos arrojó a la mazmorra?

—Hay más posibilidades de las que puede llegar a entender un pequeño príncipe Poffer —se limitó a decir.

Se quedó contemplando la charca de las salamandras un buen rato y luego dijo:

—Siempre te has dejado asustar por los peligros del verano. Ahora tienes que demostrar que eres más fuerte que ellos. Si no, te perseguirán el resto de tu vida. Pero para eso tendrás que volver al gran castillo.

Como tantas otras veces, me pareció que el gnomo Umpin había dicho unas palabras muy sabias. Y sin embargo no me apetecía volver corriendo al castillo enseguida.

—¿Y si me pierdo en el sueño? —pregunté.

El gnomo Umpin comenzó a pasearse impaciente por la nieve helada, como si de repente le hubiera entrado mucha prisa.

—Lo que se pierde en el sueño es algo muy distinto: la llave de muchas cosas. Recuerda que llevabas una llave alrededor del cuello cuando andabas por aquí en la penumbra sin saber qué hacer.

Me miró como si hubiera revelado un gran secreto.

—Además la salamandra no puede quedarse en la jaula eternamente —prosiguió—. Sería un castigo demasiado severo, incluso para una salamandra.

Cuando pronunció la palabra salamandra, primero una vez y luego otra, me puse pálido de miedo.

—¡No me atrevo a volver a los peligros del verano! —grité.

—De acuerdo —dijo Umpin malhumorado—, pero si no vas a buscar esa llave, nunca volverás a ver a tus padres en la casa grande con terraza y tumbonas.

—Podría llamar al timbre, ¿no? —dije.

—Claro que sí, pero en ese caso no creo que sean tus padres los que te abran. Lo más probable es que estén en la puerta la reina y el mariscal, porque cuando pierdes la llave a tu propia familia en un castillo soñado, entonces los habitantes del sueño se meten en la casa de verdad, y los que viven en la casa de verdad se trasladan al castillo soñado. De esto y otras cosas habla un libro muy antiguo.



Tuve que tragarme saliva dos veces antes de asimilar lo que acababa de decir el gnomo Umpin, pero no tenía motivo para pensar que no fuese verdad, pues el gnomo había dicho cosas muy sabias.

—Entonces está todo arreglado —dijo al final—. Yo te ayudaré a cruzar la frontera al verano ahora mismo. Los príncipes Poffer no saben hacer ese viaje sin la ayuda de los gnomos.

Noté que estaba temblando bajo el pijama.

—¡Tienes que darme la mano, Kristoffer Poffer! —dijo el gnomo Umpin.

Al instante estábamos otra vez delante de la charca de las salamandras y yo llevaba la bonita ropa de príncipe, pero ya no era de noche. Tampoco era del todo de día; era tan temprano que la noche apenas había comenzado a aflojar sus garras.

Sobre la charca de las salamandras flotaba una fina capa de bruma y por encima de ella se veía el cielo, rojo como una fresa, porque el sol estaba a punto de iniciar un nuevo día. En la orilla croaban muchas ranas, pero eran ranas normales y corrientes, de las que se ven a millares cualquier domingo.

—Kristoffer Poffer —dijo el gnomo Umpin—, creo que me olvidé de decirte que los gnomos no pueden visitar el mismo castillo dos veces. Por eso, te deseo mucha suerte. Si te atreves a mirar a todos los peligros profunda y directamente a los ojos no tendrás nada que temer.

Ésas fueron las últimas palabras que pronunció el gnomo Umpin. Primero desapareció uno de sus brazos, luego una pierna, y así se fue retirando poco a poco al otro lado del aire.

Me quedé solo en la luz de la mañana. Noté frío en los pies y pensé que lo mejor de todo habría sido tener un edredón calentito con que taparlos, porque allí el bosque entero estaba abierto de par en par. Además me sentía triste porque sabía que nunca volvería a ver al gnomo Umpin.

LA LLAVE

Fui hasta el sendero y comencé la caminata hacia el castillo. Al cabo de un rato vi a una de las ranas grandes. Salió disparada del jardín del rey. Me detuve en seco y la miré fijamente a los ojos. Entonces se dio la vuelta al instante y regresó avergonzada al castillo.

Poco después me encontré delante de la puerta del castillo, por la que hacía mucho tiempo había entrado con el gnomo Umpin y el príncipe Carolus Rex. En la plaza se veía aún el humo de los restos de la hoguera.

Toda la familia real, aunque era todavía muy temprano, estaba sentada en torno a la gran mesa que habían colocado sobre el césped. El mariscal estaba sentado en la silla del Alto Tribunal mirándolos con los brazos cruzados.

Cuando entré en la plaza del castillo, la reina se levantó, me señaló y todos se volvieron a mirarme.

—¡Kristoffer Poffer! —gritó—. ¡Ven aquí inmediatamente!

Debió de pensar que no me atrevería, pero fui derecho hacia ella, a la vez que ponía en práctica lo de mirarla fijamente a los ojos.

Ya junto a la mesa me coloqué ante la reina. Primero hice una profunda reverencia, porque no me había olvidado de que se trataba de una reina de verdad, pero luego la miré fijamente sin desviar la mirada, pues iba todavía con las tetas al aire. Entonces le tocó a ella y no a mí bajar la vista y mirar la hierba.

—¡Aurora! —dijo—. ¿Quieres hacer el favor de traerme un jersey?

La princesa volvió enseguida con un jersey lila que la reina se metió por la cabeza.

—¿Y cómo se encuentran sus señorías? —pregunté exactamente como hacía papá cuando quería mostrarse muy solemne.

La respuesta llegó de lo más alto.

—Hemos estado muy bien desde que os arrojamos al gnomo Umpin y a ti a la mazmorra —contestó el mariscal.

Comprobé que decía la verdad, porque la familia estaba jugando a las cartas, que era una de las cosas que a mí más me gustaban. Pero no me acobardé por eso.

—Jugamos a Rey de corazones —me informó la reina con una voz muy amable y pacífica. Supuse que no se atrevía a mostrarse enfadada, porque la estaba mirando a los ojos.



—El que al final se queda con el rey de corazones gana la partida — explicó—. Y no se puede usar comodín ni cambiar de palo.

—Por eso no participa el mariscal, ¿no? —pregunté.

El mariscal dio un salto en la silla por mi desfachatez. El rey contestó:

—Él no puede participar, mi querido príncipe Poffer, porque sabe leer los pensamientos de los demás. Es una habilidad que a veces resulta muy útil, pero jugando a las cartas puede dar lugar a abusos.

—¿Quieres jugar? —preguntó Aurora, haciéndome un sitio entre ella y el príncipe Carolus.

—Muchas gracias por la oferta —dije—. Me gustaría, pero primero tengo que hacer algo más importante.

Todo el mundo se miró boquiabierto, pero yo me volví y comencé a andar hacia las escaleras que subían al castillo.

—Pero, mi querido Kristoffer Poffer —dijo el buen rey—, ¿no vas a decirnos primero qué es eso tan importante?

Entonces me volví hacia todo el grupo y dije en voz alta:

—Cuando estuve aquí la última vez sucedieron tantas cosas al mismo tiempo que tuve la mala suerte de dejar olvidado algo en la torre alta del castillo. Se trata de una llave para muchas cosas.

—¿De veras? —preguntó el buen rey.

Se volvió y dijo algo a la reina.

—Creo que el chico ha encontrado la llave del misterio.

No entendí lo que quiso decir con eso, pero me fijé en que el mariscal se estaba poniendo nervioso. También la reina frunció ligeramente la nariz.

—¿Quieres decir que le vamos a dejar subir solo a la torre alta? — preguntó como si tuviera miedo de que pudiera caerme o hacerme daño.

El mariscal carraspeó dos veces, y luego dijo:

—En mi opinión, no debe subir solo. Primero, porque nunca se sabe lo que pueden llegar a inventar esos príncipes Poffer andando solos por un castillo. Y además ha conseguido que la reina se ponga un jersey. Lo ha aprendido del gnomo Umpin, porque todos los gnomos dominan el arte de dirigir los pensamientos de los demás.

—¡Tonterías! —dijo la reina—. Me he puesto el jersey porque empezaba a tener frío. Además no me gusta que te metas en cosas que no te incumben.

Apartó la vista del solemne mariscal y me miró a mí.

—Baja aquí en cuanto hayas hecho lo que tienes que hacer, Kristoffer — dijo—. Tengo que hablar contigo de una cosa.

Me pareció extraño que de repente me llamara sólo Kristoffer.

Cuando hube subido hasta la mitad de la escalera, me volví y contemplé el jardín del rey. Vi todas las enormes ranas de América del Sur entre los árboles y las tumbonas, y de repente me fijé en que al menos una o dos de ellas llevaban un cascabel alrededor del cuello. Su sonido podía oírse desde la escalera.

En Telemark había visto vacas y ovejas con cencerros y campanillas, creo incluso que una vez vi un caballo con cencerro. Pero era la primera vez que veía una rana con cascabel.

Dentro del castillo encontré rápidamente las escaleras y me apresuré hacia la torre alta. Al acercarme al aposento de las doncellas oí unos resoplidos muy desagradables.

Era evidente que estaba llegando por los pelos.

La salamandra había crecido tanto desde la última vez que la vi que había empezado a salirse por los barrotes de la jaula.

—¡Déééjaaaaaame... saaaaaalir! —gruñó nada más verme.

Me agaché y encontré la llave en el suelo.

—Te dejaré salir de esta jaula —dije—, pero antes tienes que decirme lo que tú y todas las demás salamandras estabais tramando aquí en el castillo.

La salamandra me miró de reojo con sus ojos de grosella oscura. Eran tan agudos que me Arañaban la cara, pero miré esos puntitos negros sin bajar la vista.

—Nooo... pueedo... haaacer... eeso —murmuró. Era como si sus palabras fuesen pequeñas crías de salamandra que le salían de la boca.

—Heee... prooometiiidooo nooo... reveelaaar... nuuuueestrooo... plaaaan... secretoo... aaa... príínciiipees... Poooffeer... ooo... aaal... gnooomo... Uuumpiiin.

Primero pensé que tal vez no supiera hablar bien, pero luego pensé que quizá hablara en francés, porque todos los franceses hablan muy poco claro.

—Muy interesante —dije—. Pero si no me cuentas la verdad no te abriré la jaula, y te quedarás ahí para siempre.

La salamandra se retorció tanto que su grueso y asqueroso rabo salió de repente por entre los barrotes.

—Eeentooonceees... looo... diiréééé... —gimió.

—¿Por qué robasteis el corazón del rey? —le pregunté.

Acercó la boca a los barrotes de la jaula y, mirándome con sus ojos de grosella, me dijo:

—Íííbaamos... aaa... tooomaaar... eeel... pooodeer... een... eeel... caaastiilooo... yyy... queemaaar... aaal... reeey... yyy... aaa... suuu...

faaamiiiliiaaa... een... laaa... hogueeeraaa.

—¿Fue la reina la que lo decidió todo? —me vi obligado a preguntar.

—Nooo —susurró la salamandra casi sin fuerzas—. Ella... eees... iiinoooceenteee.

Comprendí de repente que la salamandra hablaba de ese modo porque apenas podía respirar en la estrecha jaula.

—Pooor... faaavooor... sááácameee... deee... aquííí —suplicó.

Metí la llave en el candado, pero antes dije:

—¿Quién decidió que os apoderarais del castillo?

—¡Fueee... eeel... maaariscaaal!

Giré la llave y la gorda salamandra salió rezumando de la jaula. Se quedó tumbada en el suelo, temblando como un enorme flan de chocolate.

—Ya eres libre —le dije—. Pero has participado en un terrible plan. ¿Prometes no volver a hacer jamás algo semejante?

Asintió con todo su gordo cuerpo.

—Tenemos que ir a toda prisa al jardín del rey y arrestar inmediatamente al mariscal —dije.

Abrí la puerta y empujé a la salamandra delante de mí. Empezó a rodar escaleras abajo, pero volvió a levantarse sobre sus dos patas y corrió lo más rápidamente que pudo. Al salir del castillo se deslizó por la escalera que bajaba al jardín. Iba tan lanzada que temí que se partiera en dos antes de que pudiéramos apresar al mariscal.

EL MARISCAL

Fui metiendo prisa a la salamandra hasta que llegamos al jardín del rey. La niebla matinal reposaba aún sobre los arbustos y árboles, y por el cielo vagaban minúsculas nubes rojas que escapaban de ese sol que aún no había salido del todo.

Al acercarnos al grupo vi que estaban jugando a «El oso está dormido». El mariscal hacía de oso, porque todos los demás bailaban en corro a su alrededor cogidos de la mano.

Justo cuando cantaban lo de «no es peligroso, si andas cuidadoso...», aparecí yo entre los matorrales.

—Lamento decirlo, pero ese oso sí es peligroso —grité lo más alto que pude—. ¡Porque no se puede uno fiar de él!

Pararon de jugar inmediatamente. El mariscal se irguió y empezó a sacudirse la hierba de su elegante uniforme a la vez que intentaba mirarme fijamente a los ojos.

—¿Qué tontería es ésta? —preguntó la reina.

—Este mariscal no es tan inocente como pensáis —contesté—, pues tenía planeado quemaros a todos en la hoguera.

Hasta entonces no se habían fijado en la salamandra.

—¿Qué ven mis ojos? —exclamó la reina—. Creía que todas las salamandras estaban dormidas en la mazmorra desde hace tiempo.

El mariscal ya no estaba tan erguido como antes. Se había sacudido toda la hierba y sin embargo parecía como si le picara todo el cuerpo.

—Quedaba una salamandra —dije—, una que yo había encerrado en el aposento de las doncellas. Y menos mal, porque así he podido enterarme de la verdad sobre la reina y el mariscal.

Comenzaron a sentarse a la gran mesa. El mariscal miraba de reojo a su alrededor, como si estuviera preguntándose si lo mejor no sería huir, pero eso habría significado admitir todo lo malo que había hecho, y por eso se sentó a la mesa él también.

—Escucha, Kristoffer Poffer —dijo el rey en un tono muy amable—. Aunque sólo fuese verdad la mitad de lo que cuentas, y esa verdad fuera que el mariscal pensaba quemarnos en la hoguera, se trataría de un asunto muy serio. La única cuestión es cómo podemos saber si es verdad o no.

—Correcto, honrado rey —replicó el mariscal con una arrogante sonrisa—, pues este príncipe Poffer no es un príncipe de verdad. No es más que un pobre príncipe de los bosques que además se ha metido a escondidas en el castillo acompañado de un gnomo. Por eso tampoco cuenta historias verdaderas.

—¡Miente! —grité—. El sí que no es un mariscal de verdad. Él era aquel enojado gnomo que convirtió al príncipe Carolus Rex en mil renacuajos.

El mariscal se puso a reír tan ruidosamente que por un instante pareció que iba a ahogarse en su propia risa.

La reina encontró una forma muy sabia de solucionar el desacuerdo.

—Esta discusión es innecesaria y tonta —dijo—, ya que tenemos entre nosotros a alguien que sabe leer los pensamientos de todo el mundo. Mariscal, ¡te ordeno que subas inmediatamente a la silla del juez!

El mariscal obedeció enseguida, y por un instante temí haber hecho nuevamente el ridículo, porque me acordé de repente de lo que había pasado la última vez que el mariscal se sentó en la silla del juez. Tal vez lo mejor era huir, pero el gnomo Umpin me había dicho que no debía abandonar los peligros del castillo de esa manera, por eso me apresuré a mirar al mariscal fijamente a los ojos. Para mayor seguridad, también le hice la burla.

—Mariscal —comenzó la reina—, ten la amabilidad de decirnos si es verdad que planeaste hacer esa hoguera de San Juan con el fin de quemar a tus propios reyes, o si todo esto no es más que una historia inventada por los gnomos.

El mariscal se había cruzado de brazos, al parecer se sentía seguro sentado en la silla del juez recibiendo órdenes de la reina.

—Esa historia es totalmente inventada, honrada reina —contestó—. Por eso condeno a este príncipe Poffer a ser ahogado en la Caldera Tenebrosa antes de que den las once.

—¡Oh no! —gritó asustada la princesa Aurora, a la vez que lanzaba la pelota derecha a la cara del mariscal. También se levantó el príncipe Carolus y golpeó la mesa con su afilada espada.

—¡Silencio! —ordenó la reina—. Hemos oído la clara intervención del mariscal...

El rey carraspeó tres veces, pero la reina continuó dirigiéndose al mariscal.

—Ten la amabilidad de leer tus propios pensamientos.

El mariscal, del susto, estuvo a punto de caerse de la silla del juez.

—¡Léenos tus pensamientos! —repitió la reina en tono severo.

—Eh... pues pensé que... —comenzó el mariscal, pero se detuvo para toser.

—¿Qué pensaste? —volvió a preguntar la reina mirándole fijamente a los ojos—. Tienes que contestar inmediatamente, porque el que tarda mucho en contestar miente siempre.

—Pensé que es verdad... que yo hechicé a todas las salamandras del castillo... para que capturaran a toda la familia real... y os quemaran en la hoguera... con el fin de hacerme con el poder... y convertirme en rey. También pensé que era verdad..., como dijo ese príncipe Poffer..., que fui yo el que... convirtió al príncipe en todos esos estúpidos renacuajos.

Dicho esto, se desplomó en la silla del juez.

—Entonces este príncipe Poffer tiene razón —dijo el rey—, y con ello nos ha salvado a todos de un terrible destino.

Nadie dijo nada inmediatamente, pero al cabo de un rato el rey volvió a tomar la palabra.

—Aún no se sabe *toda* la verdad. Kristoffer Poffer ha dicho que la salamandra le contó la verdad sobre el mariscal y la reina. ¿Podríamos oír también la verdad sobre la reina?

El rey levantó la vista hacia el mariscal y luego miró preocupado a su amada reina.

—La verdad es que es una bruja astuta, además de asquerosa y malvada.

Al oír esa acusación, a la reina le dio por reírse y lo mismo me ocurrió a mí, pero yo sólo me reí para mis adentros. Tanto me reí que sentí cosquillas por la espalda, porque sabía que no era verdad lo que el mariscal acababa de decir sobre la reina.

—Ahora ten la amabilidad de leer lo que acabas de pensar cuando has dicho que yo era una bruja astuta —dijo la reina.

—Hmm... pensé que la reina... es completamente inocente —dijo el mariscal, y se desplomó de nuevo.

—¿Entonces sabemos ya toda la verdad? —volvió a preguntar el rey—. No hace falta que contestes, nos ahorraremos un montón de tiempo si pasas directamente a leer tus pensamientos.

El mariscal tosió y carraspeó antes de contestar.

—Pienso que sólo se ha visto la mitad de la verdad. La otra mitad es que la reina no estuvo muy simpática ayer, pero fue porque la miré tan fijamente a los ojos que se volvió desagradable y malvada con Kristoffer Poffer y el gnomo Umpin, a pesar de que los dos eran completamente inocentes. También la hechicé para que sacara el agua de todos los pozos del jardín del rey con la intención de que los dos hombrecillos murieran ahogados en la Caldera Tenebrosa.

Lo que acababa de decir el mariscal fue una gran sorpresa para todos los que estaban sentados alrededor de la mesa.

—¡Eso es lo más vil que he oído en mi vida! —exclamó la reina—. ¡Pero se acabaron ya esos malditos hechizos!

Sacudió los hombros y se frotó los ojos. Luego me abrazó tiernamente.

—No es agradable estar enfadada con la gente a la que quieras —dijo.

Tuve que contener el aliento con el fin de no llorar. Muy dentro de mí había querido ser su amigo desde que pisé el castillo por primera vez.

—Entonces el mariscal era el espía de este castillo —dijo de pronto el príncipe Carolus Rex—. No sólo en los juegos de cartas se puede hacer trampa si se saben leer los pensamientos de otra persona, también haciendo trampa se puede conseguir el corazón del rey y la mitad del reino. El mariscal tendrá que ser condenado a un castigo muy duro por lo que ha hecho.

La reina se levantó y miró al mariscal.

—Ya has oído. Ahora sólo nos queda escuchar el veredicto.

Casi me daba pena ese malvado mariscal. Puede ser terrible que te condensen, pero peor aún es condenarse a uno mismo.

—Me condeno a escapar del jardín del rey y de todo este bonito bosque —dijo el mariscal muy triste—. También me condeno a no atreverme a volver nunca.

La reina miró a su marido.

—¿Podemos aceptar esa sentencia, rey?

El rey asintió con la cabeza.

—Pero tiene que cumplirse inmediatamente.

El príncipe se levantó y golpeó dos veces la mesa con su espada.

El mariscal bajó de la silla del juez. Se nos quedó mirando un rato y luego la reina dijo:

—Quiero que dejes sobre la mesa ese elegante uniforme que te ha sido prestado en este castillo.

El mariscal comenzó a desnudarse sin vacilar. Al final se quedó encogido en ropa interior.

—Ahora te damos permiso para que te alejes a toda prisa de aquí —dijo el rey.

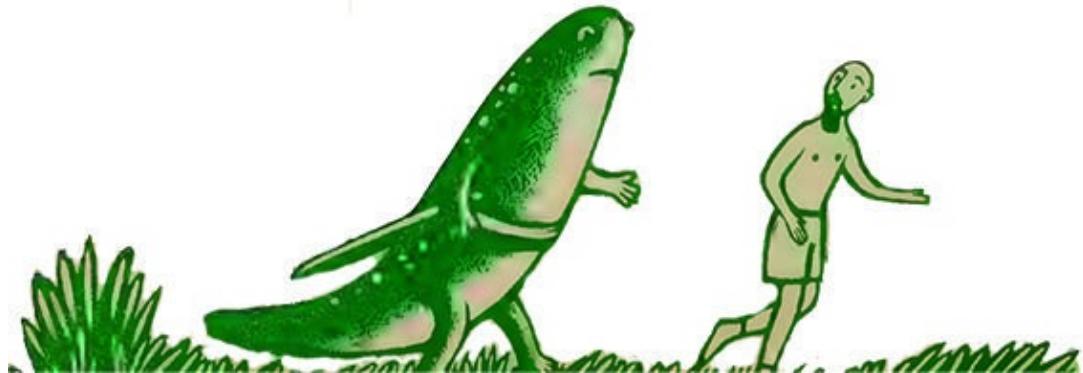
El mariscal miró de reojo a la salamandra, que desde los matorrales había estado observándolo todo. Como no había dicho nada, nadie se había acordado de ella.

—¡Captúralos a todos y arrójalos a la mazmorra! —le gritó el mariscal.

La gorda salamandra vino disparada hacia nosotros, pero yo me apresuré a mirarla fijamente a los ojos y tuvo que frenar en el último momento.

—No vas a capturarnos —me limité a decir—. Pero puedes hacernos el favor de sacar al mariscal del bosque.

No tuve que decir nada más, porque la salamandra salió corriendo detrás del mariscal, que a su vez intentaba correr aún más deprisa. Profiriendo sonoros gritos, los dos se dirigieron hacia la charca de las salamandras y no volvieron jamás.



LA SALIDA DEL SOL

Después de que el mariscal huyera lo más rápidamente que pudo de la salamandra y de la maldición del castillo, nos quedamos sentados pacíficamente alrededor de la gran mesa. La reina se levantó y dijo que se veía obligada a pronunciar un pequeño discurso referente a todos estos hechos tan extraños que habían tenido lugar en el castillo.

—Mi querido principito Poffer —empezó—. Esto es el principio de un gran día porque, por fin, me he librado de ese hechizo que me hizo ser tan mala y asquerosa contigo y con el gnomo Umpin. Es para mí un misterio cómo pude dejarme cegar por los placeres de la maldad. Pero no intentaremos resolverlo, pues ahora está todo como antes de que me hechizaran. La verdad es que los pequeños príncipes Poffer están más cerca de mi corazón que cualquier otro placer. A partir de ahora serás siempre bienvenido en este castillo.

El príncipe Carolus y la princesa Aurora se levantaron y aplaudieron.

—¡Hurra! —gritó ella radiante de alegría. Vino hacia mí y me cogió las dos manos—. Entonces podremos hacer coronas de flores y venderlas por muy poquito.

Me pareció extraño que dijera lo de las coronas de flores, porque Camilla y yo solíamos hacer lo mismo. Cuando habíamos llenado una cesta entera con maravillosas coronas de flores, solíamos bajar a la tienda que había junto a la carretera a vender esas preciosas joyas a la gente que pasaba por allí y quería poner algo de alegría en su vida triste y gris. Así nuestra vida era también muy alegre, ya que obteníamos dinero para comprar helados y chocolatinas.

El rey carraspeó repetidas veces.

—Kristoffer Poffer ha sido tan valiente que será más que bienvenido en el castillo —dijo—. Ordeno que el príncipe Poffer sea nombrado Caballero de esta mesa del jardín. También recibirá un diploma por haber superado todos los peligros de este castillo tan hábilmente como lo hubiera hecho un diplomático. No sólo logró dirigir sus propios pensamientos, también ha

conseguido dirigir los del malvado mariscal para que pudiera salir a la luz toda la verdad y nada más que la verdad en este maravilloso día.

Dicho esto, miró a sus hijos y añadió:

—Tú tendrás que dibujar el diploma, Aurora. Y el príncipe Carolus hará Caballero del Castillo a Kristoffer Poffer con su espada.



La princesa se metió corriendo en el castillo y el príncipe Carolus Rex se acercó a mí, me dijo que me arrodillara a sus pies y me golpeó el hombro con su espada. Me hizo un poco de daño, pero no más de lo que yo podía soportar siendo ya un auténtico caballero.

El rey y la reina aplaudieron porque había aguantado el duro golpe sin derramar ni una lágrima. Poco después llegó Aurora corriendo por la escalera

del castillo con el diploma en una mano y, además, un gran helado de cucuricho en la otra.

Mientras chupaba el helado, el rey leyó lo que ponía en el diploma con las letras más bellas que sabe hacer una auténtica princesa:

¡El príncipe Poffer

En este maravilloso día ha sido nombrado caballero de este castillo por haber luchado contra el malvado mariscal y las astutas salamandras, por eso será el diplomático de este castillo. Ojalá su corazón late por todo lo que sea bueno!

Cuando el rey acabó de leer el diploma, volví a acordarme de lo que sucedió cuando mamá estuvo en aquel castillo de Francia, porque nada de todo lo bonito que había sucedido en el castillo me devolvería vivo a mi abuelo.

No me dio tiempo a pensar más en eso, porque el buen rey me dijo que le gustaría mostrarme la salida del sol desde una pequeña montaña detrás del castillo y que, además, allí me contaría un secreto. Me cogió de la mano y ordenó a los demás que entraran en la casa grande para recoger lo de la fiesta.

Fuimos paseando por un estrecho sendero entre los arbustos y árboles del jardín, y noté que el rey se iba pareciendo cada vez más a mi abuelo, porque él y yo dábamos siempre largos paseos juntos.

Conforme nos íbamos acercando a la cima de la montaña, la charca de las salamandras y el castillo blanco se hacían cada vez más pequeños. Al mismo tiempo comprendí que el bosque era más grande de lo que yo me había imaginado.

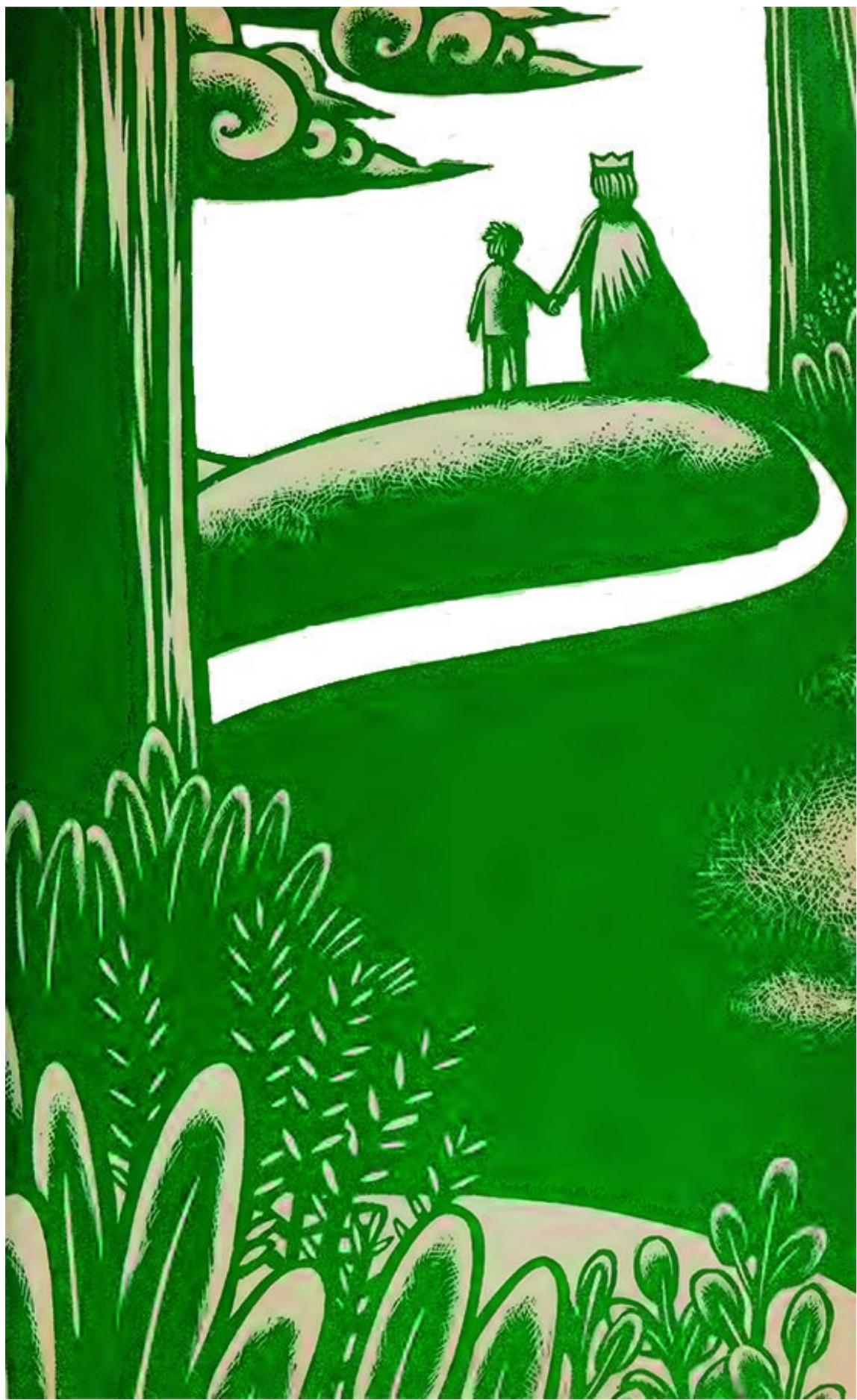
—Sientes un gran dolor por la muerte de tu abuelo, ¿verdad? —dijo el rey mientras caminábamos.

Bajé la vista hacia el musgo y asentí con un gesto de la cabeza.

—¿Por eso intentaste que yo recuperara el corazón cuando me lo robaron las salamandras? —preguntó.

Me pareció una pregunta misteriosa, porque yo nunca había pensado eso.

Negué con la cabeza y le miré. Era ya tan parecido a mi abuelo que esperaba que en cualquier momento sacara una pipa y empezara a fumar exactamente como hacía mi abuelo cuando llegábamos a un alto pico o cuando estábamos sentados en la barca esperando a que los peces mordiesen el anzuelo.



Cuando llegamos a la cima nos volvimos y contemplamos el bosque. El castillo sólo era ya un minúsculo castillo de cuento, del mismo tamaño que la casa de muñecas de Camilla en Telemark. Detrás del castillo vislumbramos la charca de las salamandras, y desde allí no era mucho mayor que un charco normal y corriente.

Vi que haría un día estupendo. El sol estaba a punto de salir por el este, y las nubecitas rojas se movían cada vez más veloces por el cielo. Muy por debajo de nosotros vi las ranas con cascabeles, que pastaban por entre los arbustos y los árboles del jardín del rey. Muy a lo lejos divisamos una solitaria salamandra que corría tras el pérfido mariscal.

—Al parecer pretenden correr hasta el fin del mundo —dijo señalándolos.

El rey asintió solemnemente.

—Cuando esos mariscales y salamandras echan a correr no hay quien los pare.

Lo dijo con una voz tan parecida a la del abuelo que de nuevo tuve que mirarle.

Y entonces... entonces vi que el rey era mi propio abuelo, porque tenía la misma sonrisa sabia.

—¡Abuelo! —grité en voz alta y le abracé.

Para él fue casi una desilusión que yo revelara el secreto antes de que él hubiera tenido tiempo de contármelo, pero enseguida me acarició el pelo.

—Siéntate aquí, hijo... —dijo señalando una gran piedra sobre la que nos sentamos los dos.

Primero permaneció un buen rato sin hablar. Se limitó a mirarme fijamente a los ojos, tan a fondo que quizás me mirara hasta el interior de la cabeza, donde viven todos los pensamientos.

—Kristoffer Poffer —dijo—, aunque me estoy pareciendo cada vez más a tu abuelo, y un día seremos tan parecidos que nadie notará la diferencia, él jamás volverá a la casa de la terraza y las tumbonas. Pero tampoco lo necesita, porque ahora tu abuelo se ha alojado en tu corazón.

Sus palabras me dejaron muy desilusionado y mis labios empezaron a temblar ligeramente.

—Un abuelo entero no puede caber en el corazón de un niño pequeño —dije.

El rey me acarició el pelo mientras yo miraba fijamente todas esas nubecitas rojas que pasaban por el cielo más veloces que los pájaros.

—Donde late un corazón por un gran abuelo —dijo mientras seguía dándome palmaditas en la cabeza—, también queda espacio para él. Pero eso

es sólo la mitad de la verdad. La otra mitad es que tu abuelo también se ha alojado en tus ojos.

—¡Bah! —dijo, moviendo un poco la cabeza para que dejara de darme palmaditas—. Si mi abuelo ya no está, entonces tampoco puede ver el mundo.

El rey carraspeó tres o cuatro veces antes de contestar.

—Kristoffer Poffer, ¿eras el mejor amigo de tu abuelo?

Asentí.

—¿Crees entonces que él se fiaría de lo que tú dijeras haber visto aunque él no lo hubiera visto?

Asentí de nuevo, porque de repente me acordé de una vez que vi una liebre fuera de la casa de verano de mis abuelos. Cuando entré corriendo a contárselo al abuelo, contestó que no necesitaba levantarse del sofá rojo para ver lo que yo había visto si yo ya lo había visto. Y otras veces me pedía que mirara por él un montón de cosas... Una noche me pidió que mirara la luna, porque él tenía tanto sueño que sólo quería dormir, aunque también quería saber si había luna llena.

—¿Ves el bosque allí abajo? —preguntó el rey—. ¿Ves el mundo a tu alrededor hasta donde alcanzan tus ojos?

De nuevo no me quedó más remedio que asentir.

—Entonces eso es suficiente para tu abuelo. Y por eso podemos estar tú y yo aquí sentados viendo juntos la salida del sol.

Cuando él dijo «salida del sol», el sol salió por el este, detrás de las montañas, y al mismo tiempo el buen rey desapareció. Se retiró a aquel país que se encuentra al otro lado del aire, exactamente como el gnomo Umpin. No me pareció tan extraño, porque el sol estaba saliendo para iniciar un nuevo día.

En cuanto hubo desaparecido el rey, o mi abuelo, vi una bandada de gorriones bajar del cielo. Treinta o cuarenta pájaros hablaban a la vez y era como si se estuvieran riendo. Entonces yo también me reí, me reí sin cesar como si el día estuviera hecho exclusivamente para la risa.

Me quedé sentado mirando el gran bosque. Miré los pájaros que volaban ligeros, tan ligeros, sobre todos los árboles. Ya no había serpientes ni salamandras deslizándose por la hierba, y los gnomos y los reyes de cuento se habían retirado a ese lugar de donde vienen esas criaturas.

La noche había acabado, y el sol coloreó de amarillo la blanca torre del castillo. A mi alrededor estaba el bosque, grande y tupido, mientras el sol subía incesantemente en el cielo.



JOSTEIN GAARDER (Oslo 1952) convertido en uno de los autores de mayor éxito mundial con *El mundo de Sofía* (1991), fue profesor de Filosofía y de Historia de las Ideas en un liceo de Bergen durante ocho años. En 1990 recibió el Premio Nacional de Crítica Literaria de Noruega y el Premio Literario del Ministerio de Asuntos Sociales y Científicos por su novela *El misterio del solitario*, que el año siguiente recibió el Premio Europeo de Literatura Juvenil.

En España, *El mundo de Sofía* ha sido galardonado con los premios Arzobispo Juan de San Clemente y Conde de Barcelona.

Notas

[1] Umpin debería haber respondido Galdhopiggen. (Nota de las T.). <<